



Manuel Bilbao

# **Los dos hermanos**

## **Novela escrita**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Manuel Bilbao**

# **Los dos hermanos**

## **Novela escrita**

- I -

A fines del año de 1746, un bergantín español, «La Esperanza», que hacía el comercio, entre la Metrópoli y las colonias, navegaba a toda vela de regreso a las costas de España.

Llevaba de retorno, por las mercaderías que había traído, algunos capitales en barras de oro y plata y algunos frutos indígenas del Perú.

El bergantín impulsado por una fuerte brisa del N. O. cortaba las olas con una rapidez de siete millas.

El capitán era un español bastante perito.

La tripulación constaba de catorce hombres, sin incluir un individuo que iba en calidad de preso y asegurado con una barra de grillos.

Este reo venía en aquel estado por orden de la Inquisición del Perú, para ser puesto en las cárceles de Sevilla, en donde debía concluir sus días.

El capitán había recibido 1000 pesos fuertes de premio por llenar una comisión tal.

Las instrucciones que se le habían dado era no permitir al reo hablar con persona alguna, y al llegar a Cádiz entregarlo a la persona que se le había designado.

Como el capitán procuraba llenar su misión de un modo estricto, creyó de necesidad, durante él dormía, confiar la custodia al piloto.

El piloto era un hombre vulgar pero avaro.

Aunque brusco, no tenía la esperanza de llegar a ser capitán.

Su baja condición le hizo mirar al reo con deferencia, porque le creyó hombre de alta categoría.

El hábito de verle todos los días aumentó esa deferencia y creó cierto grado de familiaridad entre ambos.

El reo había conseguido el permiso de subir a la cubierta una vez por semana, y cuando llegaba uno de esos días, se le ponía a popa aislándose de la tripulación.

Los marineros miraban a este hombre y sentían simpatías por él, porque no hay estímulo mayor a producirlas que la desgracia.

Cuando vemos llevar al patíbulo a un criminal, querríamos salvarle.

Cuando vemos que alguno sufre el castigo de un delito, tenemos, compasión por él.

Ese sentimiento inherente al corazón humano, que se despierta al contemplar un dolor ajeno, era natural se despertase también en los marineros al contemplar al reo.

Hacía como veinte días que el bergantín había salido del Callao en dirección a Talcahuano, donde tenía que hacer escala.

El piloto, en una de aquellas noches de aburrimiento que produce la calma en el mar, se fue a conversar al camarote del reo.

En otras ocasiones había oído a este algunas palabras misteriosas, y la curiosidad que sentía, le movió a buscar alguna distracción en la conversación con aquel hombre.

El piloto, antes de bajar, se paseó largo rato sobre cubierta, miró al cielo, observó el movimiento balanceado del bergantín, echó la corredera para ver si andaba y después que se cercioró que había calma chicha, se bajó al lugar indicado.

El capitán dormía como se duerme a bordo; a pierna suelta.

El reo estaba tendido en su cama, con la cabeza reclinada, los ojos cerrados, pero sin dormir.

En esto entró el piloto, y al mirarle se encontró con la mirada del reo.

-¿No hay sueño? -le preguntó el piloto.

-Estoy desvelado -contestó el reo-; a veces duermo y a veces estoy despierto.

-¿Habréis dormido en el día?

-Sí.

En seguida variando de conversación, dijo el piloto:

-El buque no anda, estamos en calma.

-Para mí, repuso el reo, es lo mismo que ande que el que no ande.

-¿Entonces os es indiferente salir de aquí?

-Eso no, si fuera para salir en libertad; pero creo que estoy destinado a no ver más el mundo.

-¡Pobre señor! ¿Qué habéis hecho para semejante castigo?

-¿Que no os lo ha dicho ese monstruo del capitán?

El piloto se sonrió, porque se hablaba mal de su superior, y respondió:

-El capitán solo me ha dicho que vais a las cárceles de Sevilla por orden de la Santa Inquisición, en castigo de delitos enormes.

-Creedme -le respondió el reo sentándose en el lecho-, creedme que soy una víctima inocente sacrificada a la cobardía de un hombre, a quien quise castigar por haber atentado contra la pureza de mi esposa.

El piloto cobró atención y sin detenerse le preguntó:

-¿De dónde sois, señor?

-De España, lo mismo que vos. Vine a América enviado por el rey para desempeñar una judicatura en Lima; pero un hombre que es hoy jefe de la Inquisición de allí, quiso violentar a mi esposa; sorprendí la violencia y lo desafié; al desafío se me contestó con la prisión. He sido arrebatado de mi casa; he dejado una esposa honrada, huérfana.

-¡Oh señor! -exclamó el piloto-, eso es mucho. ¿Y vuestro nombre?

-Rodolfo de Alvarado.

El Piloto conoció que el apellido era el de un noble, y cuando le oyó que era un magistrado nombrado por el Rey, acrecentó su interés y procuró ir más adelante en su indagación.

-El Rey, señor -le observó el piloto-, os hará justicia en el momento que sepa lo que acabáis de decirme.

-Estad seguro -le respondió con amargura fijándose en el semblante del piloto-, que no lo sabrá, porque en donde manda la Inquisición nadie penetra.

Lo que sí puedo aseguraros es, y esto os lo digo sin la pretensión de que lo creáis, que vos y el capitán seguiréis mi suerte, porque a fin de que todo quede oculto y nada pueda saberse, quizás se os remita a la misma cárcel que se me envía.

-Eso no -dijo el piloto un tanto sorprendido-, porque gritaría y me haría oír.

-Vano recurso; mi amigo ¿qué no habré gritado yo? En la Inquisición nadie tiene voz, y entrando en ella es preciso resignarse a morir entre cuatro paredes.

El piloto tratando de alejar un temor tal, preguntó al reo:

-¿Y vuestra esposa, señor, no vendrá a buscaros?

-Ella ignora mi paradero, porque me embarcaron de noche. ¡Ah!... Si yo consiguiese hacerle saber mi situación, daría mi fortuna y aseguraría premios del rey al que tal cosa hiciese; pues al rey le conviene saber esto.

Rodolfo no calculó el efecto prodigioso que harían sus palabras en el que le oía.

-¿Muy rico, sois? -le preguntó el piloto con cierto aire de avaricia mal encubierta.

Entonces comprendió Rodolfo que el interés podía obrar algo en su favor y contestó calculando sobre ese sentimiento:

-Tengo lo suficiente para hacer noble a un plebeyo y asegurarle su porvenir. Poseo 20.000 pesos de renta anuales, y además sé donde está enterrado el tesoro de mi enemigo.

-Sois bien rico -repitió el piloto como un hombre que calcula sobre una idea que le trabaja su espíritu-, sois bien rico.

El piloto seguía en silencio, como saboreando el pensamiento de lo que vale tener una fortuna, cuando sintió la voz del timonero que le llamaba.

Corrió en el acto sobre cubierta.

La brisa principiaba a hinchar las velas y la nave a cortar las olas con lentitud.

- II -

Las conversaciones entre Rodolfo y el piloto se repitieron más a menudo.

El aislamiento reclamaba pasatiempos y estos se buscan con mayor interés, cuando había de por medio esperanzas que deslindar y la imaginación era presa de una idea halagadora.

Rodolfo, después de haber sondeado al piloto, pensó como piensa todo preso, en los medios de recobrar su libertad.

Este pensamiento que se apodera de todo hombre al pisar los umbrales de una prisión, es tan regular y común, que solo las almas muy débiles renuncian a él.

El alma se reviste de una abnegación tal, en semejantes casos, que no calcula el peligro ni teme los resultados de un fracaso.

Una vez que llega a concebirse la idea de una fuga, la cabeza del reo bulle en planes alegres.

Rodolfo, ese hombre que tenía la certidumbre de no volver a ver a su esposa, de quedar sin venganza y de morir en una cárcel, era justo que pensase en destruir cuanto se le presentaba para escapar a semejante destino.

A esto se agregaba el frecuente maltrato que el capitán le daba, la vida reclusa y mortificada que llevaba.

Mas ¿cómo conseguir la libertad?

La franqueza manifestada por el piloto y los instintos de avaricia que Rodolfo había observado en él, fueron una luz para su fatigado pensamiento que le mostró la necesidad de conspirar.

Animado de esta idea se resolvió a tratar de ella.

-Si me delata -se dijo a sí mismo-, ¿qué más pueden hacerme de lo que me han hecho ya? ¿Me echarán al agua? En esto ganaré, porque se abreviarán mis sufrimientos. ¿Y si acierto? ¡Oh...! -exclamó Rodolfo alzando los ojos al cielo con una expresión feroz de alegría que encerraba todo un mundo de venganza y de porvenir.

El bergantín seguía veloz y entraba ya en la espaciosa bahía de Talcahuano.

La caída del ancla anunció a Rodolfo la llegada a un puerto.

En la noche del día en que el buque fondeó, el capitán se fue a tierra para muy temprano pasar a Concepción con el objeto de ver las personas que debían completar la carga del buque.

Cuando Rodolfo supo el lugar donde se encontraba, al momento se acordó de su hermano el padre Anselmo que pisaba aquellos lugares, misionando entre los araucanos.

Ignoraba el punto donde residiría, pero estaba seguro que en el convento de franciscanos darían razón de él.

Llegar a hacerle saber su situación, parecía a Rodolfo que equivalía a salvarse.

En la noche, cuando el capitán se fue a tierra, el piloto bajó a tertuliar con el preso.

Rodolfo le esperaba con impaciencia; así fue que al verle, apenas le dejó hablar, diciéndole:

-Amigo, estoy en lugar donde puedo fácilmente lograr mi libertad y voy a haceros poderoso. ¿Me haréis un servicio?

-¿Cuál? -preguntó el piloto con admiración.

-En Concepción debe estar un fraile franciscano, que se llama Anselmo de Alvarado. Si no está allí, deben dar razón de él en el convento. Ese fraile es mi hermano. Quiero escribirle dos líneas para que me liberte. Si él las recibe, yo no moriré en una cárcel.

-Eso es imposible, señor, me perdería para siempre.

-No, mi amigo, no -repuso Rodolfo con una excitación febril-. El hombre que quiere ser algo debe arriesgar. Vos por ganar un sueldo atravesáis los mares; en cada travesía arriesgáis la vida, sin más recompensa que una miserable suma de dinero, la cual jamás os dará descanso ni posición social. Si para eso sois tan arrojado y desinteresado, ¿cómo os ha de faltar el valor para haceros rico y noble en cambio de un acto de justicia y de humanidad que Dios y el rey os agradecerán?

El piloto comprendió que Rodolfo era un hombre que le convenía y podía servirle de pedestal para llegar al colmo de su ambición.

Se quedó pensativo y como quien gradúa la importancia del servicio que va a hacer, contestó:

-Aguardaos un momento. Pronto os responderé.

El piloto subió sobre cubierta, y después de media hora de reflexión volvió.

-¿Vuestros deseos son -le dijo-, que se entregue una carta al padre Anselmo?

-Sí.

-¿Y si no está en Concepción?

-Que se le haga llegar.

-¿Y que dais por ese servicio?

-Mi fortuna y el título de marqués.

-¿Y en qué tiempo cumplís eso?

-A los pocos días de estar libre.

-¿Entonces es condición precisa que estéis libre? ¿Y si vuestro hermano nada consigue?

-En tal caso, antes de dejar este puerto, es necesario que os fuguéis conmigo.

-Esas son palabras mayores y muy mayores -repuso el piloto con cierta calma sospechosa-, mucho más cuando ninguna seguridad hay de que me cumpláis lo que me prometéis.

-¿Podrías dudar de la palabra de un noble español?

-Si estuviérais libre, no; pero del que está preso es posible dudar, porque nada extraño es que el preso procure su libertad de cualquier modo.

-Os equivocáis; porque un hombre honrado es incapaz de engañar y sacrificar a inocentes.

El piloto, que tenía tomada su resolución de antemano y que oía a Rodolfo por hacerle creer en el servicio, le repuso:

-Pues bien, acepto vuestra oferta y os tomo la palabra de honor.

-Os juro cumplir cuanto os he dicho -le contestó Rodolfo tomando y estrechando la mano del piloto con una expresión de frenético reconocimiento-. Escribid entonces, porque mañana en cuanto vuelva el capitán iré a tierra.

-¡Dios os premiará!

El piloto trajo los útiles de escribir y dejó solo a Rodolfo.

La decisión del piloto parecería admirable si se le juzgaba animado de un sentimiento humanitario y halagado tan solo por la recompensa; pero si se le sondeaba el corazón y los móviles que a ello lo inducían, entonces la admiración degeneraba en otra apreciación nada lisonjera.

Este hombre desde que había salido del Callao, no cesaba de pensar en el modo cómo apoderarse de las barras de oro y plata que conducía el buque. Este era un pensamiento que le perseguía noche y día, que le atormentaba y le hacía gozar y que no desamparaba un momento.

Rodolfo le era indiferente en cuanto a su situación, mas no considerándolo como instrumento que podía emplear para llevar adelante el logro del plan que se propusiera.

Por eso, cuando supo que Rodolfo era magistrado, se alegró por el apoyo moral que debía esperar de él.

Las promesas que este le había hecho y las razones sobre que un hombre honrado jamás emplearía medios reprobados para conseguir un fin, le causaron nada más que risa en su interior.

Había pasado un largo rato, cuando el piloto volvió donde Rodolfo y le encontró poniendo la firma a la carta.

-¿Habéis concluido? -le interrogó.

-Sí, amigo, he concluido.

El piloto se acercó entonces demostrando interés por saber lo que la carta decía, lo cual satisfizo Rodolfo pasándosela y diciéndole:

-Leedla y ved si os agrada.

El piloto que tenía por nombre Guerra, tomó el papel y leyó la carta en que el hermano decía al hermano cuanto había pasado, el destino que llevaba, y la esperanza de que tal vez podría escapar del buque.

-Está bien puesta -le dijo el piloto al terminar-, pero es necesario le agreguéis, que os espere un mes en Concepción.

-¿Por qué un mes?

-Os suplico que no me interroguéis más, porque ese es mi secreto, y aún no es tiempo de que lo sepáis.

-No os entiendo.

-Quiero decir, que pudiera suceder que si no lográis escaparos ahora, lo conseguiréis en un mes más.

Rodolfo quiso insistir en aclarar este misterio; pero Guerra le impidió hacerlo insistiendo por su parte en no hacer revelaciones. Rodolfo no tuvo otro partido que tomar sino el de obedecer.

Puesta la posdata, Guerra recibió la carta y se retiró.

-Por ahora -se dijo Guerra a sí mismo-, nada tengo que hacer con este hombre. Me ocuparé de disponer las cosas.

- III -

El piloto tenía concebido un plan para apoderarse del dinero que iba en el buque; pero para llevarlo a efecto le faltaban cómplices, pues hasta entonces no había trabajado sobre el ánimo de los marineros.

Su idea era crear enemigos al capitán y halagar a los que se pusieran en tal situación.

Consecuente con ese plan, el día en que el capitán debía volver de tierra, Guerra dio a tres marineros botellas de aguardiente para que aquel los encontrase ebrios y les castigase.

En efecto, el capitán volvió de Concepción y fue recibido por el piloto.

-¿Qué hay de nuevo? -le preguntó al pisar la cubierta.

-Nada, mi capitán, solo tres hombres se han emborrachado.

El capitán incómodo por tal falta, preguntó en el acto:

-¿Quiénes son?

-El contramaestre, Antoni y el cocinero.

-¡Canallas! ¿Dónde están?

-En el entrepuente, mi capitán.

El capitán fue hacia ellos y dándoles de patadas les llamó con improperios.

Los tres hombres estaban aletargados, y en vez de responder se dieron vuelta profiriendo algunas maldiciones.

El capitán se creyó insultado y les sacudió de palos.

El piloto sonreía de placer y atizaba la cólera del capitán.

Éste, al fin se convenció de que era inútil el castigarlos en aquel estado Y se retiró sobre cubierta a dar algunas órdenes al piloto.

-Dentro de tres días daremos a la vela -le dijo-. Mañana y pasado lo ocuparemos en cargar; es necesario un lugar para acomodar cuatro araucanos que la autoridad manda a España.

El piloto frunció el entrecejo, y como si le disgustase esta última carga, dijo al capitán:

-Presumo que esos bárbaros nos han de incomodar bastante, mucho más no entendiéndoles su idioma.

-Uno de ellos es lenguaraz -le observó el capitán-: pero como van forzados, conviene llevarles en la barra.

-Tiene V. razón, en la barra -replicó el piloto bastante satisfecho al saber que iban forzados.

El capitán dio algunas otras órdenes, y al retirarse, el piloto le pidió permiso para ir a tierra.

El capitán accedió, con la prevención de que recibiese antes la carga, para no perder tiempo.

Al siguiente día, el capitán hizo comparecer a los marineros que se habían embriagado y del interrogatorio que les hizo resultó, que el licor lo habían tomado de la bodega.

Por semejante delito se les castigó corporalmente y se les condenó a servir sin sueldo durante la travesía.

En vano procuraron salvarse de esta pena los infelices, pues el capitán les negó toda audiencia, y cuando se retiraron tristes y meditabundos, el piloto se les acercó para consolarles, diciéndoles en voz muy baja:

-No tengan Vds. cuidado; yo les respondo de los salarios.

- IV -

Pasaron los dos días de carga y los araucanos se hallaban ya a bordo.

Guerra desembarcó entonces, y tomado un caballo se dirigió a Concepción y fue a golpear a la portería del convento de San Francisco, preguntando por el padre Anselmo.

-Se encuentra en la Imperial -le contestó el guardián.

-Entonces -le dijo el piloto-, tenga V. la bondad, de hacer llegar a sus manos esta carta.

Sacó la carta y la entregó.

-Está bien -respondió el guardián tomándola-, se la remitiremos.

Cumplida esta diligencia, Guerra se dirigió a una tienda y compró seis puñales y dos pistolas, y luego regresó a Talcahuano.

Al siguiente día el bergantín levó el ancla, y aprovechando una fresca brisa del sudeste, tendió sus velas y salió del puerto.

El viento soplaba recio, y la nave, cual un águila que rasga los aires en su vuelo, cortaba las olas.

Todo aquel día anduvo el bergantín con rapidez.

La tierra se perdió de vista y los navegantes se encontraron bien pronto sin otro horizonte que el firmamento y sin otro apoyo que las olas.

El piloto no perdía entre tanto su tiempo.

La mañana la empleó con los marineros que habían sido castigados.

A la hora de comer no permitió que otro que él bajase donde estaban los araucanos.

Él en persona les llevó el alimento y les regaló una botella de aguardiente.

Mientras comían, hizo ver al lenguaraz lo mucho que sentía el estado en que iban, el destino que llevaban, manifestándoles que sino fuera por el capitán, él los pondría en libertad y los tornaría a sus tierras.

Los araucanos se mostraron agradecidos.

Guerra se retiró, y tan luego como le tocó el turno de la guardia, se fue al camarote de Rodolfo.

Éste se encontraba desesperado, pues creía que al haber salido el buque, sus esperanzas estaban muertas.

-Muy irritado debéis estar conmigo -le interrogó Guerra al acercársele.

Rodolfo le miró con ese aire de despecho que se apodera del que cree que otro se burla de uno.

-¿Queréis volveros a reír de mí? -le respondió.

-Nada de eso -le replicó Guerra con serenidad-; vengo a proponeros que elijáis entre la libertad y la muerte.

-¿A qué venís a proponerme la libertad cuando no me resta sino la muerte? ¿No habéis dejado que el buque se haga a la vela sin permitirme escapar?

El piloto se quedó contemplando a Rodolfo.

Le encontraba razón; pero era porque Rodolfo no conocía el pensamiento del piloto, pensamiento que pasó a comunicarle.

-Señor Rodolfo -le dijo con amargura-, no os he dejado escapar en Talcahuano porque así me convenía. Es verdad que aquella era la ocasión más propicia; pero escapándoos vos solo, quedaba yo siempre el mismo, pobre, y lo que es peor, perseguido. Ahora la situación es distinta y voy a explicárosla.

-Os escucho.

-Podéis recobrar la libertad -continuó-, si aceptáis una condición. Nada os exijo de las promesas que me habéis hecho tocante a intereses, solo quiero una cosa por ahora.

-¿Cuál? -le interrumpió Rodolfo con impaciencia.

-Que entréis en la conspiración que medito.

-¿Contra quién? -le interrogó el reo con curiosidad y sorpresa. El piloto se le acercó al oído y en voz muy baja le respondió:

-Contra el capitán.

-¿Y qué os ha hecho el capitán?

-El capitán nada me ha hecho; pero el bergantín lleva caudales y yo necesito esos caudales. ¿Me entendéis ahora?

Rodolfo comprendió todo a la vez, comprendió al hombre.

Sintió repugnancia hacia Guerra, pensó en rechazarle; pero se acordó de su situación y se limitó a interrogarle:

¿Y qué queréis que yo haga?

-Os lo diré.

Guerra volvió a inclinarse sobre el reo, y con palabras imperceptibles casi, le reveló el plan, concluyendo por proponerle:

-Vos mataréis al capitán y yo me encargo de amarrar a los que resistan. En seguida...

Rodolfo le impidió continuar, interrumpiéndole.

-Eso es abusar de mi posición. Proponerme que acepte un crimen es creerme capaz de cometerlo. ¡No! Yo no acepto.

Guerra contemplaba al reo con extrañeza.

-Os creía -le dijo-, ansioso de vuestra libertad; pero veo que amáis la esclavitud.

-Atended, le replicó Rodolfo; un delito esclaviza el alma al remordimiento; un crimen aprisiona la conciencia. Entre aceptar un acto tal, o quedar preso, prefiero este último partido; porque al fin, mi alma queda libre.

-¿Un crimen consideraréis matar a un hombre que es vuestro verdugo? ¿De qué modo pensáis entonces escapar?

-Puede procederse de otro modo, tomándonos el buque por la fuerza. Entonces, si en la lucha encontrásemos resistencia, yo en defensa de mi libertad y de mi existencia os aseguro que no trepidaría en matar; pero matar sin resistencia es asesinar. Levantémonos y aprisionemos a los contrarios; yo iré delante y venceremos. Vos tomaréis los caudales, pues yo ninguna parte quiero de ellos.

El piloto se puso a reflexionar como quien va a tomar una resolución definitiva, y después de un corto rato de silencio respondió:

-He reflexionado y acepto vuestra idea.

-¿Convenís? -le interrogó Rodolfo con efusión y entusiasmo.

-He resuelto que sí; pero vos seréis mi protector en todo caso adverso.

-Siempre, siempre.

Rodolfo pareció recibir una nueva existencia cuando concibió la esperanza de poder volver a recobrar a Magdalena y vengarse.

-Sois todo un hombre -le dijo el piloto-; nada falta sino disponer a los otros.

-Y yo -le observó Rodolfo-, ¿cómo puedo salir de aquí?

-No tengáis cuidado: Os traeré algo con que os entretengáis en limar la chaveta de los grillos.

-¿Y cuándo tiene lugar la conspiración?

-Os lo avisaré con oportunidad.

Dando esta respuesta, Guerra se fue a cuidar del rumbo de la nave.

El piloto continuó trabajando en llevar a cabo su plan.

A los indios les veía a cada rato; a los marineros maltratados por el capitán los sondeó primero y en seguida los invitó a tomar parte en la empresa.

Los temores que manifestaron desaparecieron a presencia de las seguridades que el conspirador les manifestó.

Había obtenido asentimiento de cuatro de la tripulación, faltaba conquistar a diez más.

Guerra no se atrevió a hablarles directamente y encargó de la comisión al contramaestre.

-Si alguno de ellos os vende -le advirtió-, no me descubráis porque yo os salvaré de todos modos.

El contramaestre, dotado de una de esas almas que nada temen, aceptó la comisión y se dirigió a uno de los marineros designados por Guerra.

-¿Queréis ser rico? -fue la pregunta de introducción que le hizo.

-Extraña pregunta -le contestó aquel.

-¿Eres resuelto?

-¿A qué viene eso?

-Júrame guardar secreto y te lo digo.

-¿Estás borracho? ¿Así no más se jura?

-Escrupuloso estás; ¿pues no juras y reniegas a cada momento?

-Déjate de reflexiones y dime lo que quieres.

-Jura y te lo digo.

-Te juro guardar secreto.

-Así no se jura: haz la señal de la cruz y júrame por ella.

El hombre hizo la señal de la cruz y juró.

-Te diré, que estoy conspirando para echarme sobre la plata que viene a bordo. ¿Quieres ayudarme? Te daré la décima parte.

El marinero se echó a reír a carcajadas, diciéndole:

-¡Vaya! ¡Vaya! ¿No te decía que estabas ebrio?

-Déjate de risas -le repuso el contraamaestre tomando el aire serio de las circunstancias-; contesta sí o no.

El marinero formalizándose a la vez, interrogó al contraamaestre:

-¿Y hablas de veras?

-Tan de veras, que es una cosa resuelta y convenida con otros.

-¿Quiénes son los otros?

-Menos averigua Dios y perdona. Eso no lo sabrás hasta que llegue el momento.

El marinero se entregó a una dilatada meditación, conversó al oído con el conspirador y luego le dijo:

-Más tarde te contestaré.

-Está bien; le observó el contraamaestre. ¡Cuidado con mover los labios! Porque la conspiración tendrá lugar de todos modos y mis compañeros...

-No temas denuncias de un hombre como yo; eso es bueno para los cobardes e infames.

El contraamaestre dio parte a Guerra de lo que acababa de pasar; este le encomendó en seguida la conquista de tres marineros mas, a quienes le designó.

Entre estos se hallaba un hombre de frente angosta, ojos encapotados y de aspecto rechazante.

Se llamaba Zañaro.

Cuando el contraamaestre le habló sobre el particular, aceptó en el acto.

A eso de las oraciones, el agente dio parte al piloto de estar todo dispuesto.

-Te has portado como todo un hombre -le dijo Guerra-. Mañana a las doce del día daremos el golpe.

-Convenido. Hasta mañana.

El contraamaestre se fue a esperar la hora de la guardia y el piloto se dirigió a ver los indios.

-¿Cómo están mis hijos? -les interrogó al verlos.

-Buenos -respondió el lenguaraz.

En seguida les habló de los sufrimientos que pasaban, avivándoles el odio contra el capitán, y luego les preguntó:

-¿Mucho deseáis volver a la tierra?

-Sí, hermano, mucho.

-Si fuerais valientes volveríais.

El lenguaraz comunicó estas palabras a sus compañeros.

Los indios se conmovieron y hablaron con ánimo, con ese orgullo nativo al hijo de Arauco.

El lenguaraz tradujo la resolución:

-Dicen que no conocen el miedo, que pertenecen a la nación jamás vencida y que por volver a sus tierras se dejarían matar.

-¿Queréis hacer una cosa? -les interrogó Guerra, lleno de satisfacción al palpar la disposición en que se hallaban los indios.

-¿Qué cosa?

-Matad al capitán y de este modo volveréis a la patria.

El lenguaraz comunicó la respuesta.

-Estamos dispuestos, pero es necesario que sueltes a uno de nosotros.

-Seréis puestos en libertad a su tiempo; pero es preciso que esperéis a que yo vuelva. Por ahora quedad quietos, y no habléis con nadie, aunque os maten.

Los indios con los ojos chispeantes de fuego, animados con la idea de volver a sus campos, poder abrazar a sus mujeres y correr en sus indómitos potros, manifestaron a Guerra su agradecimiento.

- VI -

Era ya de noche y el viento soplaba con fuerza.

El piloto, sin poder faltar de la cubierta por estar de guardia, bajó donde Rodolfo, y muy a la ligera le previno.

Mañana a las doce, cuando oigáis un tiro.

Esta era la señal convenida para el estallido de la conspiración.

La oscuridad de la noche aumentaba por grados, la lluvia caía con fuerza y las olas se elevaban con furor.

En esto se dejó oír una voz, la voz del piloto:

-¡A tomar rizados!

La guardia subió a las vergas y principió la operación con presteza.

El viento iba en aumento, los palos del bergantín se doblaban y las olas entraban sobre cubierta.

El piloto conoció que aquello era un temporal, y con toda la fuerza de los pulmones ordenó:

-¡Arriba toda la gente! ¡Aferren velas!

A esta voz el capitán subió sobre cubierta y los marineros que dormían se precipitaron a maniobrar.

El piloto tomó el timón.

En medio de aquella oscuridad, sin tierra donde poder llegar, teniendo sobre sí una atmósfera ennegrecida por las nubes y a los pies un mar agitado que bramaba de furor, la nave luchaba contra los elementos, ya montando sobre las crestas de las olas, ya descendiendo con la velocidad del rayo a los abismos de la ondulación.

El agua corría por sobre la cubierta.

Todos permanecían en sus puestos.

El capitán como los otros marineros, amarrado de la cintura para no ser arrebatado por los golpes de mar.

El silencio era profundo.

No se oía más voz que la del capitán, que mirando al mar y a la aguja de marear, ordenaba al piloto el rumbo que debía imprimir a la nave.

En medio de esta oscuridad y de este silencio, un hombre se acercó al capitán. El marinero arrastrándose, llegó hasta tropezar con él.

-¡Cuidado! -le gritó este.

El marinero se quedó quieto, y cuando hubo conocido que el capitán era el que estaba a su lado, se empujó lo posible y muy al oído le dijo:

-Venía a deciros una cosa importante.

El piloto alcanzó a percibir algo y fijó la atención.

-¿Qué cosa? -le interrogó el capitán.

-Mañana a las doce del día va a estallar una conspiración para robaros los caudales que el buque conduce.

Tal nueva sobresaltó al intrépido marino.

-¿Y quién eres tú?

-Zañaro.

Guerra sintió helársele la sangre en las venas. Si hubiera habido un rayo de luz, el semblante del piloto habría revelado al criminal.

Luego siguió el interrogatorio.

-¿Quiénes conspiran?

-El contramaestre es el cabeza, él me ha convidado, pero no me ha descubierto a los otros.

-¡Ah infame! -exclamó el capitán, mañana mismo le ahorcaré.

En seguida Zañaro encargó sigilo al capitán, y este le respondió diciéndole:

-No tengas cuidado, yo premiaré tu aviso.

El marinero se retiró deslizándose por la obra muerta hasta volver a tomar su puesto.

A eso de las tres de la mañana se vio que la tempestad pasaba.

Disipáronse los serios cuidados y restablecióse el orden en las guardias.

Entonces el capitán se volvió a Guerra y le interrogó:

-¿Has oído lo que ese marinero me ha dicho?

El piloto aparentando indiferencia le repuso:

-¿Sobre alguna avería del buque?

-No, sobre la conspiración del contraamaestre.

-Será alguna chanza, señor.

-Es necesario tomar medidas y asegurar a ese hombre.

-¿Y es solo él?

-Se ignora el nombre de los cómplices.

-Entonces me parece mejor sonsacarle algo antes de proceder.

-Pero es necesario hacerlo con presteza. ¿Quién se encarga?

-Poned aquí al timonel, yo le llevaré a mi camarote y allí haciéndole beber lograremos el objeto.

El capitán mirando con agrado a Guerra, llamó al timonel y dejó al piloto que hiciese lo que ofrecía.

En seguida encargó al piloto diese un poco de ron a la gente, para que calentase el cuerpo. Los marineros fueron desfilando uno a uno, y cuando el contraamaestre hubo secado el vaso de un sorbo, el piloto le dijo:

-Aguarda un momento.

Concluido el reparto, el piloto se llevó al contraamaestre a su camarote, invitándole a beber una botella a la salud del buen tiempo.

Bajaron a la cámara y sentándose ambos al lado de una mesa, principiaron por destapar una botella. El piloto sirvió un poco en cada vaso y con voz muy silenciosa dijo al camarada:

-Zañaro te acaba de vender. El capitán está a oscuras, nada temas, porque te salvaré a las tres de la tarde. A las doce es ya imposible. Haz que bebas hasta fingirte ebrio.

El contraamaestre se quedó frío, lo cual observando Guerra, trató de reanimarle diciéndole:

-Bebe camarada; no seas gallina. Te faculto para que me denuncies si no te salvo.

-Y si no me libertas -balbuceó el denunciado-, de seguro que me matan.

El camarada se sintió mas repuesto con tal promesa; fijó sus grandes ojos en el jefe, y empinó el vaso hasta concluirlo.

Guerra le previno acto continuo:

-Si el capitán te pregunta por los cómplices, nómbrale a los que no están con nosotros.

En esto vio el piloto que el capitán desde fuera con la vista le interrogaba; y este le respondió cerrándole un ojo, en demostración de que todo marchaba bien.

Cuando se hubo alejado, Guerra dijo al contraamaestre:

-Hazte el ebrio para que el capitán crea que me he portado bien.

En efecto, al poco rato se vio salir un hombre que tenía que apoyarse para no caer.

Era el contraamaestre que se retiraba a su cama.

El capitán le dejó pasar y corrió donde Guerra interrogándole:

-¿Qué ha confesado?

-Todo, todo, mi capitán.

-¡El nombre de los conspiradores!

El piloto le designó a seis de los no conspiradores.

-Pues, vamos a amarrarlos -le ordenó aquel-, armaos.

Ambos se armaron y principiaron a llamar a los designados y a ponerlos en prisión.

Al contraamaestre le pusieron esposas, suponiéndolo embriagado.

-¿Por qué es esto? -preguntaron los infelices.

-Obedeced, facinerosos -les respondió el capitán, que ordenaba con las pistolas amartilladas.

Así es que obedecían llenos de sorpresa.

Eran ya las seis de la madrugada.

El viento calmaba, la atmósfera se despejaba.

El mar se mantenía agitado por efecto de la borrasca que había tenido lugar.

La mañana de aquel día se pasó en tomar precauciones de seguridad.

Dieron las 12 del día y todo pasó en calma.

Parecía también conjurada la tempestad denunciada.

A esto siguió el silencio que precede a los grandes estallidos.

Los conspiradores se miraban y no sabían qué hacer.

La hora había pasado.

Guerra aprovechó un descuido del capitán para decir a uno de los conjurados:

-A las tres de la tarde, al oír un tiro.

- VII -

El capitán, como de costumbre, había observado el grado de latitud en que se encontraba el bergantín.

El viento N. O., que soplaba, le hacía calcular que en seis días más llegaría al Cabo de Hornos.

Guerra se acercó al capitán que se paseaba por el costado estribor y se informó de las observaciones que este había hecho; luego se retiró y bajó al camarote de Rodolfo, diciéndole de paso y sin detenerse.

-Listo.

Volvió a subir y bajó al lugar donde estaban los marineros, se acercó a uno de ellos y le repitió la misma palabra de orden.

-Listos.

De allí siguió donde el contramaestre, quitole las esposas y dióle la misma voz.

No se detuvo:

Acercose al lenguaraz, le habló en secreto y le entregó cuatro puñales.

Concluidos estos aprestos, se volvió a cubierta.

Eran las dos y media de la tarde y los conspiradores aguardaban con impaciencia el signo del ataque.

Cada uno temía por sí, porque cada uno temía la delación del otro.

Los espíritus se encontraban ardientes, en un estado febril; por una parte el temor de ser vencidos en la lucha, la incertidumbre de llegar a la hora dada sin ser descubiertos; por otra el oscuro porvenir que se les presentaba, a pesar de la luz que sobre sí arrojaba la codicia.

Contaban por el latido de sus corazones el golpe de la péndula que marcaba los segundos.

La arena del reloj corría a señalar una hora.

Ricos o muertos era la alternativa para una parte de los conspiradores; libres o muertos la alternativa para otra parte de ellos.

Rodolfo y los araucanos sentían surcar por sus imaginaciones cuadros de grandiosidad: la libertad que conquistaban, la vuelta a la tierra adorada por los salvajes.

El deseo, las ilusiones de volver a montar los selváticos potros, para atravesar las llanuras con la velocidad del aire; las familias que dejaban, sus usos, los bosques de aromático olor y de espesas montañas; toda esa animación de la vida natural en el goce de la entera libertad.

Esas ideas se atropellaban en la imaginación de aquellos hombres.

Rodolfo pensaba también que la libertad le llevaría a encontrar su esposa y soñaba en días de felicidad.

Todos ellos, al impulso de semejantes sentimientos se sentían fuertes y no dudaban vencer. Esperaban la señal.

El piloto se colocó sentado a la proa del buque, observando al capitán que se paseaba.

Con la ampolleta en la mano, veía acercarse el momento decisivo.

Faltaban algunos minutos; la arena iba a marcar las 3 y el piloto se hallaba como paralizado.

Dio la hora y el hombre se quedó irresoluto.

La campana del buque anunció el momento preciso, y los conspiradores se pusieron de pie.

El tiro aún no se dejaba oír.

Guerra palidecía, le faltaba el valor, el crimen le anonadaba.

Miró al capitán y la vista de este le confundió.

La víctima tornó la espalda en uno de los paseos, y el piloto se sintió entonces animado; sacó en el acto una pistola que llevaba oculta en el pecho, la preparó y la disparó con mano trémula sobre el capitán.

La bala pasó sin herir.

El capitán volvió rápido como el rayo amartillando las dos pistolas que cargaba, y se precipitó sobre Guerra que había quedado inmóvil; pero en su camino se encontró con los salvajes que desnudos y puñal en mano buscaban su presa.

El capitán les descerrajó los dos tiros de que disponía, mató a uno de ellos, hirió a otro y los dos restantes le tendieron a cuchilladas.

Al propio tiempo aparecían los marineros complotados y Rodolfo que corría a salvar la vida del capitán; pero ya era tarde, los salvajes habían consumado el crimen.

Sucedió a esto una escena de espanto.

Silencio profundo.

Guerra mismo, apenas se atrevía a mirar la víctima, y como embargado por la presencia del cadáver, su primera orden fue hacerle arrojar al mar.

Los marineros esperaban orden que ejecutar, los salvajes lamían las heridas de sus compañeros queriendo volverlos a la vida con el aliento de sus pechos.

Rodolfo se retiró a una extremidad de la popa en aptitud de meditar.

La inacción reinó, hasta que el piloto se acercó a Rodolfo preguntándole:

-¿Adónde nos dirigimos?

-A la costa de Talcahuano -le contestó.

-Allí sería riesgoso -le observó Guerra-; porque podrían descubrirnos.

-Dirigíos entonces, a las inmediaciones del puerto, a alguna caleta inmediata.

-Está bien, señor.

El piloto se dirigió en seguida a la tripulación y les habló con la entereza del cobarde que vence por los esfuerzos de otro:

-¡Compañeros! Hemos vencido y somos ricos. Vamos a proceder a la repartición de lo que nos toca.

-¡Bravo! ¡Bravo! -respondieron los cómplices.

-Pero antes -continuó el piloto-, debemos cambiar de rumbo.

-¿Hacia dónde?

-A encallar la nave en algún punto de la costa, cerca de Concepción, para de allí, cada cual tome la dirección que guste.

Los camaradas aprobaron todo, cambiaron el aparejo del bergantín, pusieron la proa al lugar convenido y luego volvieron a reunirse para tratar de lo que tenían que hacer.

¿Qué determinar de los seis marineros que se hallaban presos? ¿Qué con el traidor Zañaro?

Acerca de los primeros resolvieron dejarlos presos y soltarlos en el buque cuando todos se marcharan a tierra.

Sobre Zañaro acordaron primero matarlo; pero Guerra se opuso invocando el perdón; mas el contraamaestre persistió en la idea del castigo.

-No -decía-, el traidor jamás debe merecer perdón, matémosle.

En tal controversia, la tripulación decidió que la cuestión fuese sometida a Rodolfo.

Comparecieron ante él y le expusieron el caso.

Se hizo comparecer al reo y este se presentó con el semblante del moribundo.

-¿Delatasteis al contraamaestre? -le interrogó el Juez.

-No señor -contestó este temblando.

-Mientes -le gritó el piloto-, porque yo te vi.

Zañaro dejó caer la cabeza sin contradecir.

-Lo hice por miedo -articuló.

-Entonces no merecéis perdón -repuso Rodolfo.

Zañaro cayó de rodillas y pidió perdón.

A tal degradación humana, sucedió un momento de contemplación que fue interrumpido por Rodolfo, al dar el siguiente fallo:

-Un delator es el peor de los criminales, y aún más que eso, una cosa inmunda que se separa de la especie humana. Bien merecías el que os echasen al agua; pero vale más ahorrar sacrificios, sois hasta indigno de castigo. Dejadle que viva como se deja al reptil que olvidamos en los fangos.

Zañaro se retiró a ocultar su presencia en lo más recóndito de la nave.

Los conspiradores del robo se ocuparon acto continuo en repartirse los valores que el bergantín llevaba.

Rodolfo se apartó a cuidar no sobreviniesen disgustos que pudieran comprometer la seguridad de los navegantes.

- VIII -

El reparto del botín se hizo en el mayor orden, gracias a la abundancia que de él había.

Cuando se presentaba un objeto disputado, se recurría a la suerte, y la suerte deslindaba las pretensiones de los ambiciosos.

Los que no tomaron parte en la conspiración seguían presos; así era que las guardias y las maniobras se hacían por los que estaban libres.

El piloto no dormía y vigilaba cargado de armas.

En los ratos de reposo, Rodolfo lo reemplazaba. La tripulación miró en Rodolfo al ángel destinado a salvarla.

Le colmaban de respetos y consideraciones, y sin embargo el hombre no cambiaba de carácter.

Retirado de todos, encanecido por los sufrimientos, agobiado por dolores morales que le atormentaban, se mantenía como uno de esos seres a quienes los desengaños de la vida, las ingratitudes de los hombres, las negras pasiones que se encuentran en la humanidad, han llegado a convencer de la necesidad del retiro o del desprecio por la especie humana.

Hay momentos o épocas en la vida del hombre, en las que el fastidio reemplaza a la alegría, el carácter dulce y apacible del individuo se torna en duro y despechado; el amor y la abnegación se convierten en desprecio y egoísmo.

¡Y cómo no sufrir tal transformación!

Sufrir cuando no se ha hecho más que el bien, encontrar la ponzoña de la ingratitud por recompensa de beneficios rendidos: acudir a la sociedad por un bálsamo contra las

injusticias y encontrar en ella el aplauso de la falta o el desdén por recompensa ¡cómo no cambiar!

¿Qué bien me resulta de llenar los deberes sociales? Parece preguntarse uno en tales momentos.

¿Si nadie los agradece y si por recompensa no encuentro la felicidad?

¿No vemos rolar en el mundo, con más estimación, con más aceptación, con mayor alegría, al que vive del engaño, del vicio?

Esta escuela práctica con que la sociedad brinda al que en ella entra, transforma al individuo, ¡y de aquí tantos extravíos!...

Si para las almas fuertes no acudiese en tales momentos la conciencia del ser a manifestar lo que es el yo, la humanidad sería el último andrajo de la creación; porque la humanidad, sin esas excepciones que se salvan para alumbrarla, y protestar contra el mal, sería un conjunto de lo que hay de más abominable.

Rodolfo, atormentado por ideas tales, había cambiado algún tanto: creía en la justicia de la venganza.

Así era, que a la vez de mantenerse lejos de los que le rodeaban, la ansiedad le devoraba por alcanzar tierra: iba a ver a su hermano, iba a ponerse en vía de encontrar a su esposa, a separarse del teatro sangriento en que se hacinaban tantos seres repugnantes; meditaba también en la venganza.

Los araucanos se ocupaban de curar al compañero herido.

El muerto fue necesario arrojarlo al mar, a pesar de la oposición que sus compatriotas hicieron.

Fue necesario echarle provisto con un saco de comestibles y algunas botellas de licor; porque los araucanos creen que el muerto al viajar al otro mundo, necesita de víveres para el tránsito. Antiguamente mataban a una de las mujeres del muerto y un caballo; le aperaban de lazos y alimentos y luego le sepultaban, convencidos de que así la marcha le sería grata.

- IX -

A los ocho días de regreso, el bergantín entra entre Talcahuano y Pulpilleo.

Aquel era un lugar despoblado pero con un desembarcadero fácil.

Echaron el ancla a dos millas de tierra y en el acto descolgaron el bote y la lancha.

Una y otra embarcación fue cargada con el botín de los conspiradores, y tan luego que estuvieron listas, los tripulantes se embarcaron para ir a tierra.

Se componía esta caravana, de Rodolfo que él se colocó en el bote con dos marineros y los tres araucanos, y del piloto y los cinco restantes de los cómplices que ocuparon la lancha.

Antes de bajar, Guerra se dirigió a los que estaban presos y quitó las prisiones a uno de ellos, diciéndoles:

-Nosotros nos vamos a tierra; si alguno de ustedes se atreviese a ir a ella y le encontrásemos, morirá. Aquí tienen alimento para mucho tiempo y les regalo además el buque. Sigán a donde gusten, menos tras de nosotros.

Acto continuo se fue a reunir a sus compañeros, cerrando los oídos a las súplicas de los que quedaban.

Las dos embarcaciones partieron y tomaron tierra con serias dificultades.

En el acto, los bárbaros se echaron a correr cual bestias largadas al prado, y los demás a cargar el botín que les había tocado.

Luego que se alistaron, emprendieron sobre Concepción llevando por guías a los indios.

El desembarco se hizo a las diez del día, y a las once de la noche la caravana entraba en la ciudad de la Concepción.

Allí, cada cual tomó su rumbo: los araucanos se fueron al interior atravesando a nado el caudaloso y remanso Bio-Bio; Rodolfo y el piloto se albergaron en un rancho para de madrugada ir al convento franciscano, y el resto de los tripulantes se repartió en la población, con el ánimo de seguir a las provincias vecinas para evitar cualquiera delación.

Unos y otros temían de sí mismo; así fue que todos ellos se ocultaron de tal modo, que nunca fue posible saber el destino que les cupo.

Nosotros seguiremos el rumbo de Rodolfo y Guerra, porque de ellos tenemos el itinerario de sus hechos.

- X -

Entrada la noche, se alojaron en uno de esos ranchos desiertos que se encuentran en los suburbios de las poblaciones.

Allí condujo el piloto la suma de 80.000 pesos en barras de oro que le cupieron en el reparto del saqueo.

Temeroso por el crimen cometido, consideraba a Rodolfo cual si fuera el custodio de su persona y bienes.

Sumiso hasta el envilecimiento, procuraba satisfacer los últimos deseos de Rodolfo; mas, en medio de esa abyección revelaba la aspiración que sentía a cambiar de condición.

Se encontraba rico, y de una situación tal aspiraba ya a querer ser noble.

Contribuía a esto el recuerdo de la promesa que le había hecho el reo de la Inquisición.

Ser noble, para él equivalía a colmar sus últimas aspiraciones.

En tan elevado carácter creía, como cree el vulgo, que la situación normal de esas gentes era la felicidad, los sufrimientos desconocidos, se podía mandar y despotizar.

Animado por tales móviles, procuró sondear a Rodolfo acerca de la disposición en que se encontraba para cumplir la promesa que le había hecho a bordo.

Rodolfo sentía una repugnancia natural hacia Guerra; se había sentado en un rincón del rancho.

Meditaba sobre su destino.

El piloto le arrancó de ese estado dirigiéndole la palabra.

-¿Muy fatigado os halláis, señor Rodolfo?

-Algún tanto, le respondió secamente.

-¿Queréis dormir?

-Quiero pensar.

-Pues yo no sé pensar; preferiría pasar la noche conversando.

-Para satisfacer tal deseo -le observó Rodolfo-, debíais haber conservado a vuestro lado a uno de vuestros cómplices. Os agradecería me dejéis en paz.

Este reproche fue un contratiempo para Guerra; creyó a Rodolfo un ingrato, y este juicio lo expresó diciendo entre dientes:

-Bien dicen que un bien con un mal se paga.

-¿Qué significa eso? -le interrogó Rodolfo.

-Significa, señor, que tratáis de olvidar vuestras ofertas y de corresponder a mis servicios con ofensas.

-Nada tengo que agradeceros -le contestó el aludido-; lo que hicisteis no fue por mí, fue por robar. Sin embargo; yo cumpliré cuanto os he prometido.

Para Guerra, las ofensas nada suponían cuando se interponía su interés; así que, lejos de enfadarse, se alegró al saber que se lo cumpliría lo ofrecido; y como usando de un acto de generosidad se apresuró a decir a Rodolfo:

-Basta que me cumpláis una sola de las ofertas; yo quedaré satisfecho.

-¿Cuál?

-La de hacerme noble.

-Lo seréis tan pronto como pueda disponer de 30.000 pesos, que es lo que costará el título.

-Disponed de esa suma, señor, y me la devolveréis después.

-Acepto el préstamo -le contestó Rodolfo-, porque en verdad siento deseos de veros de noble, pues así purgaréis vuestras faltas.

-¿Qué decís?

-Que el ser noble es un castigo.

Guerra, que ignoraba lo que era el ser noble y que de ello solo tenía una idea de engrandecimiento y de goces, se sorprendió de lo que oía.

Y como saliendo de una meditación dudosa:

-¿Me hacéis el servicio -le dijo a Rodolfo-, de instruirme en esto que quiero ser?

-No hay inconveniente -le repuso este.

Levantose entonces del lugar donde descansaba, pasó a sentarse en el umbral de la puerta del rancho.

El piloto se quedó quieto sin separarse del tesoro.

-Te explicaré lo que quieres ser -le dijo; pero no divisando a Guerra en lo oscuro y temiendo que se durmiera, le invitó a acercarse.

-Aquí estoy bien -le contestó-, os escucho y cuido de mi fortuna.

-Buen principio para ser noble -le observó Rodolfo-, es el acariciar el metal. No te duermas.

-Perded cuidado.

-Ya lo creo, desde que ese oro es vuestra alma.

Rodolfo se acomodó lo mejor que pudo, y luego principió sus explicaciones, apreciando lo que era la nobleza.

-Un título, y más que todo, dinero, son los grandes elementos que se requieren para figurar en estos países donde la inteligencia y el estudio pasan aún sin ser atendidos. Vuestro pasado y cuanto habéis sido, nada suponen; tenéis dinero y seréis adulado; tenéis un título y seréis disputado por las amistades. La nobleza moderna es el ridículo de la antigua nobleza. Antes se adquiría un título por hechos heroicos o por acciones grandiosas; ¿pero hoy? Los títulos son pantallas compradas para encubrir crímenes, ejercer despotismos o tapar maldades. Y de no, ¿cuál es el noble que adorna su escudo con insignias que representen hechos propios? ¿Esos escudos recargados de relieves son acaso la expresión de una historia honorable?

Guerra se encontraba atónito escuchando con avidez al que le educaba de tal modo; porque en todo ello entreveía una aureola de felicidad.

Rodolfo continuó:

-¡No! Plebeyos, hombres comunes, sin más méritos que el haber sido usureros o explotadores del trabajo del pobre, son los que han llegado a colocarse en esa escala mediante el desembolso de algunas talegas. En el pobre gañán, en el mísero industrial se encuentra más nobleza que en los titulados nobles; porque en ellos encontraréis virtudes que los nobles no tienen, respeto por la virginidad que los nobles se creen en el deber de destruir, porque cuentan con caudales que derramar en la seducción; no tienen amor a sus semejantes, porque estos carecen del orgullo y del egoísmo que prohíja la ignorancia y la avidez de los nobles. Os voy, Guerra, a hacer noble y en ello ningún favor os hago, porque os voy a colocar en el foco de una turba envejecida en las liviandades de una corrupción secreta. Nobles hay que han salido de una pulpería, gastando parte de su trabajo en la compra de un escudo; mineros que se han encontrado una riqueza y se han hecho duques; criminales que por escapar a un castigo ordinario se han elevado a condes. ¿Qué antecedente glorioso ha militado en ellos para obtener títulos de nobleza? ¿Cuál es el noble de hoy que no deba su elevación al dinero? Nobles hay que no saben ni firmarse, y sin embargo, miran desde lo alto de sus coches con desprecio al que se despeña en las vigiliadas del estudio. Por lo regular son los más ignorantes de la sociedad, porque tienen la creencia que la fortuna basta para vivir en la sociedad. Las sociedades tributan culto al metal, y es por eso, que las inteligencias despiertas, los hombres cultos pasan olvidados. La nulidad procura desvirtuar el mérito, porque el reinado de la civilización sería el suplicio del ignorante.

Rodolfo sintió que el piloto respiraba con fuerza y al propio tiempo que le observaba.

-Señor, os creo exagerado en lo que acabáis de decirme, le observó.

-Creed lo que gustéis -le respondió Rodolfo con esa superioridad de espíritu que lo hacía despreciar la opinión de un hombre como Guerra-; pues nada me importa el juicio que forméis de lo que os he dicho. Mas estad cierto que la verdad la encontraréis no muy tarde. Sin embargo, por pasatiempo os acabaré de dar una idea de lo que deseáis ser.

Rodolfo se detuvo un momento admirando la belleza de la luna que brillaba en aquel cielo tan puro de Chile, y luego continuó:

-La nobleza es en verdad una distinción social; pero una distinción según sean las causas que la originan. Como debéis saber, todos los hombres tienen un origen y ese origen los coloca en una propia categoría. Este es el orden natural; pero sucede que de entre todos unos se distinguen de los otros ya por dotes especiales del corazón, ya de la inteligencia; unos que sobresalen por su valor en los combates y otros por su investigación en las ciencias o por servicios especiales rendidos a la humanidad. La sociedad creyó justo premiar a esos seres con alguna insignia que les designase a los ojos del público como objetos de imitación y les sobrepusiese a los que yacían indiferentes al deber social, a los ociosos, a los disipados, a los cobardes. Esa insignia no fue para designarles como de origen distinto a la especie humana; porque si lo hubiesen sido, ningún mérito habrían tenido en manifestarse superiores. No se les introdujo sangre azul en sus venas, como cree el vulgo, porque en todos es igual el color de ella; ello no fue más que un premio al mérito, y esto fue justo. Después vinieron los hombres con sus vicios y su ignorancia a convertir aquellas distinciones en instrumentos vulgares de recompensas para los palaciegos que facilitaban goces a los monarcas; para los ricos que erogaban una crecida suma de dinero destinada a aumentar el tesoro de los reyes; para los adulones o degradados que sabían lisonjear los vicios de las cortes. Esta prostitución del origen de los títulos dividió a la sociedad en dos bandos, que comúnmente se denominaron con el nombre de aristócratas y plebeyos. El primero se separó de los segundos, y los monarcas acabaron de completar esa división concediendo privilegios a esa clase creada por ellos, para despotizar a los excluidos. Los goces y el dominio quedaron de una parte, el dolor y la miseria de la otra. Los primeros se creyeron en su orgullo descendientes de una especie distinta de la de los otros; y desde entonces el plebeyo fue considerado como lo es el esclavo: torpe, sin inteligencia, nacido para servir. Tal relajación, despertó en cada ser nulo y rico la ambición de obtener un título. No necesitaban ser héroes, haber estudiado o poseer virtudes; alguna suma de dinero o el favor bastaban para ser elevados. Obtenían un título y ya se creían aptos para todo. El título era la ciencia infusa transformando al ignorante en hombre dogmático, y al propio tiempo, el sano conducto para delinquir. En esta descripción encontraréis comprendida la nobleza de América; porque ella es la ineptitud ambulante, el orgullo personificado y la corrupción encubierta. Muchos de ellos han tenido vergüenza de confesar el origen de su fortuna, debido al trabajo, por ocultar un pasado oscuro. Y es en este círculo que os quiero ver, porque en él encontraréis un vasto campo para gozar.

Dudo, señor, llegar a esa altura -le dijo el piloto-; porque aun cuando esos nobles sean tan imperfectos al menos deben tener algún mérito que les haga aceptables.

-Reíos de ello -le contestó Rodolfo-, sois avariento, sois envidioso y de consiguiente poseéis las dos cualidades peculiares que simbolizan al noble americano. Si fuera americano -continuó-, os aseguro que mi orgullo estaría en pertenecer a los plebeyos; porque entonces no temería representar antecedentes vergonzosos. Pero a vos os conviene más el ser noble. ¿Qué más queréis? Mañana seréis inscripto en el libro de la aristocracia, haréis formar un árbol genealógico y el factor de él os hará descender de alguna rama antigua, adalid de las cruzadas. La sociedad viéndoos rico y con escudo, os dará asiento en sus estrados, y ambicionará más de una dama el recibir vuestra mano.

-¿Es decir, que también podré casarme con una señora? -le interrogó Guerra con una expresión de alegría tal que creyó estar sintiendo los ensueños de un cuento de hadas.

-¿Y por qué no? -le respondió Rodolfo con ese aplomo que da el conocimiento del mundo-: ¿qué importa que seáis lo que sois cuando pertenezcáis a la aristocracia? Los padres creen deshonrada la hija que ama a un joven rico en méritos, siendo pobre en fortuna; al paso que la creen feliz y digna cuando el que la pretende es del círculo a que vais a pertenecer.

Cuando Rodolfo hubo concluido, el piloto exclamó:

-¡Cuán feliz voy a ser! ¿Qué me importa que la nobleza sea lo que sea, si ella es para mí el porvenir?

Rodolfo sonreía al contemplar la ambición de Guerra; y como el crepúsculo de la aurora principiaba a asomar, cortó del todo la conversación diciéndole:

-Serás noble.

Esta pintura de la nobleza moderna, hecha por Rodolfo, era exacta. Esa nobleza que hoy se enorgullece en América y que se designa con el nombre de aristocracia; porque los títulos murieron, ha venido a ser el refinamiento de aquella sociedad nula.

La aristocracia ha venido a ser la reunión de los judíos, de los especuladores en todo ramo, y muy en especial, de los estúpidos e ignorantes.

Ella ha sido la enemiga de las libertades públicas, de toda reforma y el amparo del jesuitismo.

¿Queréis dañar a la sociedad? Id a buscar recursos en esa aristocracia y los hallaréis.

¿Queréis traicionar los principios que profesáis? Allí os pagarán vuestra defección.

Egoísta cual no hay idea; envidiosa cual no puede figurarse.

Raquítica en sus formas, parece una raza aislada de la virilidad nacional.

Adulona con el mandatario, es orgullosa con el débil.

Siempre revestida de un aspecto de santidad en las costumbres, es corrompida y cínica en lo privado.

Indiferente por excelencia, jamás derrama una lágrima por el dolor ajeno, ni extiende una mano para levantar al caído.

Si alguna vez hace el bien es porque cree reportar utilidad en ello, no por deber.

- XI -

Al día siguiente, o más bien dicho, en la madrugada del día que había principiado después de la anterior conversación, un pobre hombre se presentó al convento franciscano pidiendo una limosna.

Los padres de esa congregación, que dedicaban su vida a la conversión de los salvajes, arrostrando martirios, y las penalidades de la soledad, dieron al mendigo por mano del portero dos panes y le señalaron las doce del día para que volviese por un plato de comida.

El mendigo se mostró reconocido, y en seguida preguntó:

-¿Está en el convento Fray Anselmo de Alvarado?

-Ayer ha llegado de la Imperial -le contestó el portero.

-Desearía verlo -repuso el mendigo-, porque siempre me socorre.

-No hay inconveniente, voy a avisarle. ¿Y vuestro nombre para decírselo?

-Decidle que es un pobre a quien socorre.

El portero partió en busca del padre Anselmo.

Le encontró en su celda rezando, y cuando oyó que le buscaban, se sorprendió involuntariamente.

Por entre la reja de la portería vio venir a un elevado fraile, que con la cabeza levantada manifestaba cierto aire de distinción sin barba y un tanto calvo, la expresión de su fisonomía era significativa.

Al llegar a la reja la abrió, y dirigiéndose al mendigo le preguntó:

-¿Sois vos, hermano, el que me necesita?

-Sí mi padre.

-¿Qué queréis?

-Vengo enviado por vuestro hermano.

-¡Por mi hermano!... -exclamó el fraile con entusiasmo- ¿En dónde está?

-No habléis fuerte -le observó el mendigo.

Una palidez mortal se apoderó de fray Anselmo.

-¿En dónde está? -volvió a interrogarle con impaciencia, pero en voz baja.

-Me manda conducirlos a donde él.

-Permitidme un momento -le dijo entonces el hermano-, y con paso ligero se encaminó a su celda de donde regresó inmediatamente.

-Vamos, vamos -le dijo al volver.

El mendigo se echó a andar adelante y el padre a seguirle.

Pronto entró aquel, que era Guerra, donde Rodolfo, diciéndole:

-Aquí está vuestro hermano.

Estas palabras pronunciaba el piloto y tras ellas entraba el padre Anselmo, abriendo los brazos para recibir al hermano que se precipitaba entre ellos.

Mudos por la emoción, permanecieron largo rato unidos, sin pronunciar otra palabra que la de hermano.

¡Cuánto expresaba aquella voz, salida de cuando en cuando de los labios de los dos hermanos!

Hermanos que se encontraban en un rincón del mundo, avejentados por la desgracia y perseguido el uno por la inquisición.

Ausentes de todo amor, de toda familia, la palabra hermano expresaba para ellos la expresión de todos los afectos concentrados en uno solo.

Desahogados los corazones por la efusión, entraron en alguna calma.

El suelo les sirvió de asiento.

Guerra les contemplaba, y a pesar de ser un criminal, tuvo un momento de inclinación a la virtud; pero la impresión pasó y el alma volvió a su estado normal.

El padre Anselmo, antes de entrar en conversación con Rodolfo, preguntó quién era ese mendigo.

Rodolfo se dirigió a Guerra y le encargó el retirarse un poco de tiempo, fuera de la pieza, a lo que éste accedió.

Solos los hermanos, Rodolfo informó al padre Anselmo de lo pasado y de la manera como había logrado su libertad.

Lo primero que éste le dijo, fue:

-Es necesario que ese piloto no vuelva a estar contigo. Si llega a ser tomado preso, que no se encuentre a vuestro lado.

-¿Qué haremos de él? -le interrogó Rodolfo.

-Debéis decirle se retire de este pueblo cuanto más antes, y que os vaya a esperar a algún lugar determinado para cuando podáis cumplirle lo que le habéis ofrecido.

Rodolfo sin detenerse salió a la puerta y dijo a Guerra:

-Es necesario que os vayáis pronto de Concepción y que me digáis dónde deba encontraros para cumplir mi palabra.

-¿Es posible que nos separemos? -repuso el piloto con un aire de verdadera aflicción.

-Sí, es preciso. Ahorradme explicaciones. En el convento de San Francisco podéis entregar las cartas que deseáis lleguen a mi poder.

Guerra comprendió su situación, la necesidad de aislarse, y se manifestó lleno de sentimiento.

-Me iré -le respondió-, aun cuando sufra una ingratitud.

-Si no fueseis criminal correríais mi propia suerte. Pero lo sois y esto limita mi obligación a una deuda que os la pagaré.

Guerra bajó la cabeza y esperó quedar solo para ocuparse de ocultar sus caudales que allí había depositado.

Rodolfo volvió a donde el hermano, y este, a fin de ponerle en salvo, salió con él en busca de un lugar más seguro.

-Cuando se anda entre facinerosos -le dijo el Padre al hermano al salir-, si se quiere salvar es necesario principiar por ocultarse de ellos.

-Tienes razón, hermano. ¿Y a dónde me llevas?

-Voy a colocarte fuera de la población para que mañana o esta noche, emprendas tu marcha a Santiago. Aquella es una población grande y se puede pasar desapercibido.

-Pero a donde yo quiero ir es a Lima -le observó Rodolfo con animación.

-Irás, pero tu viaje debe ser por Valparaíso.

-Ya comprendo. ¿Y tú no me acompañarás? ¿Tendremos aún que separarnos?

El padre Anselmo meditó un instante, y luego le respondió:

-Te acompañaré, hermano, aunque falte a mis deberes de misionero; y tan pronto como te deje al lado de Magdalena, me volveré.

-¿Te volverás? ¿Pues hasta cuándo piensas quedar entre los salvajes?

-Hasta mi muerte -le respondió el sacerdote lleno de esa unción que pinta la vida del ser abnegado.

-Eso no es justo -le objetó Rodolfo-; tú has hecho ya bastante y es necesario dejar el puesto a otros que te reemplacen.

-Así era de esperarlo, y tal debía ser el orden natural de las cosas; pero en este país no hay sacerdotes dispuestos a llenar cargos difíciles. En los conventos verás multitud de religiosos, y en las calles multitud de clérigos; pero unos y otros creen que su deber es vivir comiendo y participando de los goces mundanales. No se resuelven a pasar privaciones y a correr riesgos personales. ¿Qué queréis esperar de semejante desorden? ¿No sería una falta en mí abandonar a los que ya han principiado a venir al seno del Evangelio?

-Eso es original -le observó Rodolfo-; ¿pues qué hacen entonces esas gentes?

-Por la vida que llevan -le contestó el padre-, por la ociosidad en que están, y por los abusos que cometen, la religión sufre cargos que la perjudican. Aquí no encuentro al verdadero sacerdote. La enseñanza del Evangelio está descuidada. Cuando suelen ir algunos a misionar, en vez de hacer el bien hacen el mal. ¿Por qué, me preguntarás? Da vergüenza el confesarlo. Es porque en la frontera se ocupan no en educar sino en seducir a las indias, y en beber. Les roban también animales y forman comercio para estafar al salvaje. El indio que esto ve reniega de los sacerdotes que van a predicar una religión que para ellos es detestable.

Esta conversación la llevaron los hermanos hasta llegar al extremo opuesto de la población.

Allí se pararon y entraron a un otro rancho.

-Es necesario no perder tiempo -le dijo el padre-. Voy a buscarte cabalgaduras para que partas. Te traeré un hábito para que atraveses los pueblos y campos sin cuidado. Al llegar a Santiago vestirás el traje del hombre del pueblo, y así nadie sabrá de ti.

-Me parece muy bien -le contestó Rodolfo-; anda pronto.

El padre Anselmo salió a hacer los aprestos.

Al caer la tarde volvió acompañado de un huaso que traía un caballo ensillado.

-En doce días más vas a buscarme al convento de nuestro padre San Francisco en Santiago -le previno.

Rodolfo partió para Santiago.

- XII -

Cuando el padre Anselmo volvía del extremo noroeste de la población, después de haber hecho partir a Rodolfo, un propio llegaba a Talcahuano trayendo noticias importantes a la autoridad.

¿Qué sucedía?

Los marineros que quedaron en el buque, comprendieron que si permanecían a bordo sin moverse, el hambre les mataría.

Crear que otra embarcación pudiera pasar por ese punto solitario era una esperanza muy aventurada.

No quedaban sino dos partidos que seguir: o formar balsas con pipas para irse a tierra; o esperar alguna brisa favorable para volver a Talcahuano.

El primero tenía el inconveniente de lo expuesto de la travesía, lo desconocido del camino y el peligro de caer en manos de los prófugos.

La mayoría resolvió emplear el segundo medio.

Los conspiradores habían desembarcado por la mañana; los presos observaron todos los movimientos de aquellos, y cuando los vieron desaparecer, fue que se resolvieron a tomar la resolución que hemos indicado.

El bergantín se hallaba algo cerca de tierra.

Moverse sin viento era exponerse a encallar.

Era necesario izar el ancla y maniobrar con prontitud al mismo tiempo.

Los marineros conociendo estas razones esperaron con deseo una brisa de tierra.

Esa brisa deseada como la aurora de la mañana por el marino que ha luchado una noche entera con las olas, la lluvia, el viento y las tinieblas, vino poco a poco a eso de las tres de la tarde.

Uno de los tripulantes, el más viejo, tomó la rueda del timón gritando a sus compañeros:

-Dios nos protege, el viento viene de tierra, a levar el ancla.

La reducida tripulación se puso a maniobrar con un pesado y mal molinete.

El buque tenía dos anclas, una colgada y la otra en el fondo del mar.

Para izarla se empleaba antes toda la dotación del bergantín; así fue, que pronto se conoció la imposibilidad de levar y se resolvió cortarla.

Desembarazados de esta traba, se ejecutó la maniobra con los aparejos parcialmente, y el buque salió de aquella costa en dirección a Talcahuano.

Allí, fue visitado por la falúa de la capitanía, al día siguiente.

Esta arribada era la que motivaba el propio, el cual conducía una nota del capitán del puerto que decía:

«En estos momentos acaba de anclar el bergantín 'Esperanza' con seis hombres de tripulación.

Se daba razón en seguida de cuanto había sucedido y de la fuga de los conspiradores.

«Entre ellos -continuaba-, va un hombre cuyo nombre se ignora, pero que iba destinado por la Santa Inquisición del Perú a las cárceles de España.

»Su filiación es la siguiente (seguía la filiación y luego después de haber dado la de los otros cómplices concluía):

»Convendría que sin pérdida de tiempo se le persiguiese por el interior; porque es probable se internen en Arauco.

»Esta medida sería prudente tanto por el enorme crimen cuanto por lo cuantioso del robo».

El intendente, al momento de recibir aquel oficio, desplegó grande actividad.

Partidas de caballería salieron hacia el punto del desembarque; y oficios terminantes dirigidos a los hacendados y capitanes amigos de la frontera.

El Sud quedó bien provisto de órdenes, y el Norte descuidado, porque el intendente calculó que por ese rumbo no habían de ir.

Así fue, que hasta el siguiente día no mandó un propio a la capital.

Esta noticia fue la conversación en la ciudad del día y días siguientes, y un bando en que se ofrecían diez mil pesos al que presentase alguno de los delincuentes, acabó por dar toda la debida publicidad al asunto.

De este modo se vino a tener conocimiento de un tan trágico suceso y a dar la voz de alarma a los cómplices, para que se ocultasen y fugasen.

- XIII -

Para apreciar debidamente los sucesos que van a desarrollarse, los que no hayan leído el «Inquisidor Mayor», necesitan conocer algunos antecedentes.

A principios de Noviembre, Eduardo Manríquez que hacía de jefe de la inquisición en el Perú, se había embarcado furtivamente en el Callao siguiendo a la esposa de Rodolfo.

Esta, creyéndose huérfana a causa de la ruina de Lima, se dirigía a Chile en busca del padre Anselmo.

Eduardo había persuadido a Magdalena, de que Rodolfo había perecido aplastado por las ruinas de uno de los calabozos de la cárcel.

Para confirmar esto, confiaba en que el esposo no volvería a aparecer, desde que lo había confinado a las prisiones de Sevilla:

Cometía este crimen Eduardo, impulsado por la esperanza de apoderarse de Magdalena, llevándola al altar.

La seguía a Chile, con tales miras, donde nadie les conocía.

Habíase fugado de Lima, dejando acéfala la Inquisición y trayéndose consigo los secretos del abate Gonzales, jefe de los jesuitas.

Él, mejor que nadie sabía que le era imposible un matrimonio, porque solo él y el abate sabían de la existencia de Rodolfo.

Magdalena ignoraba cuanto había pasado en el secreto de las tramas inquisitoriales, y era debido a esa ignorancia, que había aceptado la compañía de aquel hombre como pudiera aceptarse la de un amigo leal, la del verdadero amante que respeta a la mujer.

Estos individuos habían salido del Callao a los pocos días de pasado el terremoto, época en la que emigraron a Chile varias familias, aterradas por la sucesión frecuente de temblores que sobrevinieron.

El buque que les conducía se llamaba «Tres Marías».

Por aquellos tiempos, la navegación había progresado.

No se anclaba ya de noche ni se esperaba el amanecer para salir.

La nave tomaba rumbo afuera y caminaba noche y día según los vientos.

Así fue que, cuando en la «Esperanza» se sublevaban y arribaba a las costas de Concepción, habían pasado diez días, y el «Tres Marías» anclaba en Valparaíso.

Si Magdalena había recibido tristes impresiones cuando llegó al Callao, viniendo de Cádiz acompañada de su esposo, ¿cuál no sería la impresión que tendría al ver a Valparaíso en aquella época?

Una bahía abierta cual una herradura; una población escasa de habitantes; las casas en forma de ranchos, encerradas por un elevado cordón de cerros; tres o cuatro buques y diez o veinte tiendas, daban una idea exacta de lo que era Valparaíso en 1747.

Eduardo desembarcó a Magdalena.

Presa de la natural tristeza que arrojaba el lugar y acompañada de los recuerdos amargos que tras sí dejaba, esa bella mujer desembarcó con el alma enlutada.

Eduardo le dio el brazo para que se apoyara, y ella lo asió como el único apoyo de su viudez, de sus desgracias, de su orfandad.

La situación de esta mujer era difícil.

Sin recursos, extranjera, sola y cargada de penalidades, iba a Chile en busca del hermano de Rodolfo para que le sirviese de padre, la guiase.

Cuando el espíritu se encuentra en una de esas crisis de la vida, todo favor, todo servicio recibido despierta un mundo de gratitud en pro de quien nos protege.

No se calcula en la razón que motiva el servicio; se mira tan solo el hecho, y el hecho que nos beneficia reviste a la persona que lo ejecuta de los caracteres más simpáticos.

Esto sucedía a Magdalena respecto de Eduardo.

Él la protegía, y ella lo creía por eso humano y noble de corazón.

Cuando estos dos personajes se hallaron en tierra, Eduardo que había hablado a Magdalena de las intenciones que hacia ella abrigaba, volvió a expresárselas tan pronto como hubieron tomado alojamiento.

-Si mis deseos se cumplen -le dijo con amabilidad a la napolitana y usando de un lenguaje familiar e íntimo-, estos rincones del mundo bien pronto los dejaremos. Tú sabes que tengo asegurada mi fortuna en Europa y tú sabes también que nada más ambiciono en la tierra que tu mano. Consolémonos, pues, con la seguridad de que pronto cesarán nuestras penalidades.

-Estoy reconocida -le contestó Magdalena-, a tus favores; pero ya te he dicho que es necesario que el padre Anselmo intervenga en mi unión contigo. Es el hermano de mi desgraciado marido, y el único padre a quien tengo que consultar. Lo que deseo es escribirle pronto.

Eduardo no temía encontrarse con el hermano Anselmo, porque estaba seguro de convencerle de la muerte de Rodolfo.

Sobre este particular y sobre la aquiescencia del padre Anselmo para el nuevo enlace, los dos habían hablado extensamente a bordo.

Habían navegado juntos, y ya se sabe que una navegación es el más fuerte estímulo para fomentar una pasión.

Estaban, pues, de acuerdo para ver al padre Anselmo, y en ese sentido Eduardo propuso a Magdalena ir cuanto antes a Santiago.

A los dos días emprendieron la marcha.

La distancia que separa a Valparaíso de Santiago es de treinta y seis leguas.

En aquel entonces el viaje se hacía a caballo, porque el camino no era carril.

Regularmente se empleaban dos y tres días.

Atravesaron la mayor parte de esa distancia sin recibir impresiones notables.

Al subir a la cuesta de Prado y cuando llegaron a la cumbre, el hermoso valle donde está situado Santiago, se presentó de un golpe, rodeado de colosales montañas, teniendo al frente los Andes coronados de nieve.

Aquello es un cuadro de singular belleza, un verdadero templo erigido para la adoración del Eterno.

Luego que estos viajeros hubieron entado en la capital, Magdalena se hospedó en una casa particular de la calle de Santo Domingo, y Eduardo a una media cuadra de distancia.

Esto no era extraño, desde que en aquella época no se conocían los hoteles y los viajeros tenían que buscar albergue en las casas particulares.

Al día siguiente Eduardo fue a tomar noticias del padre Anselmo en el convento de la orden, y acerca de ello supo que el referido fraile se encontraba en el Sud.

Con este motivo, Magdalena le escribió una carta en la cual, entre varias cosas, le decía:

«Muerto mi esposo, no he querido contraer segundas nupcias con el señor Eduardo Manríquez hasta no tener el consentimiento de V.

»Para ello, espero que V. me conteste, aun cuando me sería más placentero el abrazarlo personalmente».

-¿Y qué tiempo tardará la respuesta? -interrogó Magdalena a Eduardo, al entregarle la carta.

-Un mes a lo más -le respondió este.

La carta marchó.

- XIV -

En aquel tiempo, Santiago era una miseria.

Aunque es verdad que la naturaleza es por sí el mejor adorno de una ciudad, sin embargo, cuando esa naturaleza vigorosa en su desarrollo alegre por la claridad del cielo que inunda de luz la tierra y el espacio, pintoresca por el tapiz de sus campos, se encuentra contrariada por ese conjunto de edificios que encierra a los pobladores; las impresiones por grandiosas que sean, decaen y se estrellan con la fisonomía de la obra del hombre.

Santiago, con una delineación igual a todas las capitales de la América del Sud, era triste y raquíco.

Largas calles, pero desiertas.

Seis o más edificios en cada cuadra, construidos de un piso, y este piso limitado por aletas negras.

Los techos en forma triangular, de teja.

El conjunto de aquella ciudad, presentaba el aspecto de un campamento de galpones.

Al frontis de cada casa se encontraba una puerta enorme y dos o tres ventanas pequeñas, elevadas lo suficiente para impedir que los transeúntes viesen para adentro.

El interior era distribuido en forma de claustro; distribución que se explicaba más, atendido el sistema de vida que llevaban las familias.

Las mujeres sufrían todo el peso de la esclavitud oriental.

Encerradas en el interior de las casas, no les era permitido ver la calle hasta la tarde, en que la madre con la familia y sirvientes salía a sentarse en el zaguán a ver pasar la gente.

Las visitas de hombres eran un martirio; porque la dueña de la casa se convertía en una espía de la familia y la familia en un ser inmóvil.

El tertulio se sentaba a gran distancia del sexo femenino, y allí tenía que hacer su papel, explorando las vulgaridades de una conversación estúpida.

La conversación del soltero con la soltera era calificada de escándalo, y jamás se consentía en ello.

Los ancianos tenían su lógica.

El hombre -decían-, nada tiene que conversar con la mujer; si lo hace es porque le guía uno de estos dos fines; o seducirla o casarse.

Lo primero es un crimen, lo segundo no; luego si proceden de buena fe lo hacen por lo segundo, y si tal cosa piensan, el medio decente que hay es pedir la joven a los padres, y para ello no es necesario que hablen.

Así era que los matrimonios se hacían con presteza sin otro antecedente ni satisfacción para el espíritu apasionado, que el que buenamente pudiera alcanzar el interesado de una que otra mirada de la joven.

Entrar a una casa de tertulia era entrar a un duelo.

Las gentes se sentaban alrededor de la sala (cuadra). Silencio profundo.

Las reuniones tenían por objeto el comer y refrescar.

Solía cantarse y se tocaba en clave.

Así era, que se consideraba una galantería el que los concurrentes comiesen bastante para hacer ver que bastante se habían divertido.

Las mujeres no usaban trajes elegantes.

Lo único que se les veía era la cara, porque el cuerpo estaba cubierto, a más del traje, por un largo pañuelón que les envolvía desde el cuello hasta más abajo del talle.

Prácticas religiosas multiplicadas y a cada hora, llenaban los ratos de ocio de los habitantes.

Una sociedad tal, que no vivía para el público sino que cada miembro de ella vivía para sí, temiendo expresar sus sentimientos, caracterizaba la sociedad chilena en esa época.

Este era el país que recibía a Magdalena.

Como era de esperar, las murmuraciones de aldea se levantaron bien pronto contra ella.

Eduardo la visitaba diariamente, y ella, emancipada de esas esclavitudes aparentes, chocaba con los hábitos del país.

Por eso, aún no habían pasado cuatro días de su instalación, que los padres principiaron a prohibir a sus familias el roce con la napolitana.

Hubo gentes que expresaron sus juicios respecto de la viajera, refiriéndose al terremoto acaecido en Lima.

-¡Cómo no había de castigar Dios a ese país, decían, cuando las gentes que de allí vienen son tan libres!

La libertad en las acciones humanas, era calificada de corrupción por nuestros antepasados.

Entre la corrupción y la libertad no encontraban diferencia; así era que tanto valía para ellos ser prostituido o ser libre, es decir, disipado sin respeto a la moral, que emancipado de las costumbres odiosas que reglamentaban las costumbres.

Por consiguiente era lógico el juicio que los vecinos se formaban de Magdalena al verla acompañarse con Eduardo, estar con él y vestir trajes europeos que marcaban la flexibilidad del talle.

Su honor era calumniado y su belleza temida cual si fuera de un ángel del Averno.

El atraso de la ciudad era no solo físico sino también moral.

El espíritu de Loyola dominaba y tenía raíces para siglos en el corazón de aquel país.

No hablemos de civilización ni de educación, porque eran plantas no aclimatadas en las regiones esterilizadas por la mano disecante del jesuitismo.

La enseñanza de las leyes y de la teología absorbían la inteligencia de los pocos que se consagraban al estudio.

Aprender a leer, escribir y contar constituía la educación del joven.

El latín y algunas otras antiguallas se enseñaban a los que se dedicaban para sabios.

Los rudos hombres que nos dirigían no tenían idea de lo que era la civilización ni mucho menos de la misión especial del ser; creían que el destino del hombre era trabajar para comer.

Nada para el espíritu, todo para la materia.

Por eso se repetía con frecuencia la maldición atribuida al Creador: «Vivirás del sudor de tu frente».

Este espíritu dominante aparecía en la educación pública, en el exterior de las construcciones, en la indolencia de la sociedad, en la apatía que se impregnaba desde la cuna.

Pusilanimidad en la forma -abatimiento en el alma- hipocresía en las acciones, venían a ser los caracteres dominantes que anunciaban a la distancia el estado de un país entregado por los siglos a la dominación de estúpidos soldados y de católicos paganos.

Aquello era un orden calculado que no toleraba más de ningún género.

Se comía, por ejemplo, a la una del día, y si alguna familia lo hacía a las tres de la tarde, al instante era criticada.

Si se vestía con cierto traje, todos debían llevarlo, alterarlo era una falta.

Esto que pasaba en el orden físico, pasaba con mayor estrictez en el orden moral.

Había una opinión admitida y esa opinión estaba condenada a no ser contradicha.

Por eso, el pensamiento, las acciones, todo seguía una regla invariable que prohibía pensar, hacer cosas excepcionales, bajo la pena de ser presa del grito general que condenaba al innovador; y sin otra razón que aquella: no era costumbre, y por deducción era inadmisibile.

Nunca se indagaba si lo que se proponía era bueno o malo, huían del raciocinio; lo único que hacían era indagar, comparar, ver si era o no común, si era costumbre.

La razón de la sociedad estaba aplastada por las ideas de sumisión que ahogaban la libertad del pensamiento.

Era tal el poder de ese espíritu, que como símbolo de él se expresaba por esta frase: eso es nuevo y por consiguiente malo.

Sumisión del pensamiento a la costumbre.

¡Monotonía espantosa que ha encadenado largo tiempo el desarrollo de Chile!

En tal ciudad era donde se acumulaban los elementos que debían dar un desenlace a los amores desgraciados de nuestros héroes.

- XV -

Rodolfo, después de siete días de marcha, había llegado a Santiago sin trabar conversación en el camino con persona alguna.

Llegaba en circunstancias que la sociedad se ocupaba en relatar y abultar las noticias traídas por el buque «Tres Marías», sobre el terremoto acaecido en Lima.

Vestido como un hombre de campo, de labrador, con ancho calzón de lana negra, camisa de color y un sombrero de forma de pan de azúcar, pidió hospitalidad en uno de los muchos ranchos de totora que en otro tiempo circundaban la ciudad.

Aquel rancho estaba habitado por un peón y una mujer robusta.

Le admitieron con la franqueza que acostumbran hacerlo las gentes pobres de Chile.

Habría pasado una hora, cuando entró otro peón a tertuliar.

-Te presento -le dijo el dueño de la casa-, al recién venido, a este forastero que acaba de llegar.

El peón miró a Rodolfo con parades, y con la frialdad más característica le contestó:

-Celebro conocerlo.

El peón de visita pasó a sentarse.

Bebieron dos tragos de chicha, y como la conversación del día era lo acaecido en el Perú, entró a hablar de ello.

-Hoy he visto -dijo el visitante-, a uno de los que llegaron del Callao.

Rodolfo paró el oído y preguntó:

-¿Quién ha llegado del Callao?

-Los que salvaron de la ruina.

-¿De qué ruina? -volvió a interrogar con interés y sorprendido, pues era la primera noticia que tenía de este suceso.

-¿El señor no será de aquí? -observó el peón.

-¿Por qué?

-Porque no sabe una cosa que todos saben.

-Dispéñeme, le repuso Rodolfo, yo acabo, de llegar de Aconcagua y nada sé.

-¡Anda!... Yo lo contaré entonces.

El roto contó cuanto sabía y en pocos instantes instruyó al forastero de la crónica del día.

La relación de Antonino, peón aficionado a la bebida, fue lava escandente que cayó en el alma de Rodolfo.

Pensaba en si Magdalena habría sucumbido.

No temiendo descubrir su disfraz, procuró Rodolfo orientarse más del asunto y preguntó con este motivo:

-Y la gente que ha muerto, ¿ha sido mucha?

-Mucha, mucha -respondió Antonino-, tomando un largo trago de chicha; dicen que muy pocos quedaron vivos.

Rodolfo habría querido salir de allí en busca de pormenores; pero era de noche, no conocía la ciudad ni menos las personas a quienes interrogar.

Contentose con insistir sobre el mismo asunto, dirigiéndole la palabra al noticiero.

-Y bien -le dijo-, ¿sabe usted quiénes son los que han venido?

Antonino se echó a reír y contestó con el buen humor que le acompañaba:

-¿Acaso soy de allá para conocer a esas gentes?

-Tiene usted razón -le replicó Rodolfo conociendo la impertinencia de su pregunta. Quiso no despertar sospechas y ahogó en su pecho la sed de curiosidad que le devoraba.

El licor se iba concluyendo, y Antonino que cifraba en él el interés de la visita, luego que vio el jarro vacío, se paró, estiró los brazos, bostezó con gran soltura y se fue dando las buenas noches.

Los dueños de casa dieron al forastero algunos chaños para que durmiera y ellos se recogieron para despertar al alba.

Un corto momento de silencio y oscuridad bastó para dejar sentir el ronquido de los dueños de la habitación.

-¡Felices ellos! -exclamó Rodolfo al contemplarlos en aquella tranquilidad- ¡felices los que no sufren!

- XVI -

Al amanecer del siguiente día, Rodolfo se entregó a recorrer la ciudad.

Pronto se encontró con las riberas del Mapocho y desde allí contempló el bosque que se presentaba a la orilla opuesta.

Elevando sus ojos a la altura de los Andes, encontró esas moles que atraviesan la América, cortadas por el blanco manto de nieve que viste sus crestas y que se dibuja ante la transparencia de una atmósfera azul.

La excitación de su espíritu no le permitió contemplar detenidamente ese magnífico paisaje de la naturaleza.

Siguió adelante, y dirigiéndose hacia el Sud, se encontró con el Cerro de Santa Lucía, mirador que la Providencia puso en el centro de la ciudad.

Allí trepó Rodolfo, y colocándose en la cúspide, pudo contemplar de lleno la belleza del valle.

Un terreno plano, matizado por las yerbas del campo; flores derramadas con profusión; ganados que pacían; altas montañas por un lado cubiertas de verdor, y por otro colosales moles nevadas; y todo ello alambrado por una luz risueña y cubierto por un cielo puro y brillante.

Allí respiró el alma atormentada de Rodolfo, porque allí su alma se puso en contacto con Dios.

De allí descendió, tomó aliento y se dirigió a la plaza de armas.

En la plaza había un piquete de tropa que esperaba: multitud de gente lo rodeaba.

Rodolfo se acercó a un desconocido, a un hombre del pueblo y le interrogó:

-¿Qué es lo que hay?

-El hombre le miró con un aire de sorpresa despreciativa, de pies a cabeza, y no le contestó.

Rodolfo volvió a repetir su pregunta.

-Hágame el favor de decirme qué significa esto.

El hombre volvió a mirarle y luego volviéndole la espalda le respondió:

-Qué curioso es V., aguarde y sabrá.

Rodolfo cambió de lugar, entrando a formar círculo entre la gente que rodeaba la tropa. Allí se encontró con Antonino, y éste le satisfizo la curiosidad que abrigaba, haciéndole ver que lo que se esperaba era un bando.

Conversaban sobre el particular, cuando el tambor tocó un redoble y la tropa echó armas al brazo.

La tropa se puso en marcha acompañada de la concurrencia, y al llegar a la primera esquina se detuvo.

Allí se dejó oír la voz de un escribano que leía un bando, igual al que ya conocemos promulgado en Concepción, sobre los sucesos ocurridos en el bergantín «Esperanza».

Como antes hemos dicho, el bando no nombraba a Rodolfo porque se ignoraba su nombre, y el único que tenía los antecedentes de este individuo era el Inquisidor Mayor, a quien se creía residiendo en Lima.

Esta convicción hizo ver a Rodolfo que nada tenía que temer.

El escribano luego que hubo leído el papel, repitió igual operación en cada esquina de la plaza y en seguida terminó la maniobra de la promulgación del bando.

Rodolfo siguió el acompañamiento al lado de Antonino.

Cuando ya se retiraban, aquel preguntó a éste:

-¿Qué le parece el tal bando?

-Un disparate -le respondió.

-¿Cree V. un disparate el ganar tal suma?

-Lo creo, porque nadie se atreverá ni querrá hacerlo.

Tales expresiones llamaron la atención de Rodolfo, y como queriendo investigar la causa de tal desprendimiento, le volvió a interrogar:

-¿Tan desinteresada es la gente de la ciudad?

Antonino, sin contestar, clavó la vista en el que le interrogaba como quien trata de descubrir a un malvado, concluyendo por decirle:

-¿Y V. sería capaz de ganar ese dinero?

-Jamás -le contestó Rodolfo con toda la energía de su alma.

-¿Por qué razón?

-Porque el delatar es un crimen.

-Pues por eso tampoco se delata entre nosotros. Si alguno lo hiciese, le mataríamos.

-Debe V. esa mano -le interrumpió Rodolfo-, soy su amigo desde hoy. Veamos a beber un trago.

-V. es hombre que lo entiende -le repuso Antonino lleno de alegría-, vamos a beber.

Ambos se dirigieron a la Camarilla.

- XVII -

La multitud se había retirado ocupándose del contenido del bando.

Entre los concurrentes se había encontrado el criado de la casa donde se hallaba hospedado Eduardo, quien en el acto comunicó a sus patrones cuanto había oído.

Como el hecho era extraordinario, el dueño de la casa lo contó sin demora al huésped.

Éste se hallaba recostado leyendo.

El propietario entró y le interrumpió, diciéndole:

-Otro acontecimiento raro tenemos hoy.

-¿Cómo así? -interrogó Eduardo incorporándose y cerrando el libro.

-El sirviente viene de referirme que se acaba de publicar un bando ofreciendo 10.000 pesos al que dé noticia de unos prófugos que asesinaron al capitán de la «Esperanza», y que según propio de la Concepción, se han internado en este reino.

La tal noticia sorprendió a Eduardo, porque de lleno se le vino a la cabeza cuanto había pasado pero procurando serenarse interrogó:

-¿Y nada más dice?

-El criado ha hecho una relación indigesta de la cual nada más se saca en limpio.

-Pues la cosa merece el ser conocida -repuso Eduardo-. Voy a leer ese bando.

Arreglose en un momento y se fue a tomar conocimiento del asunto.

Cuando hubo leído el papel se dijo:

-Es necesario alejar de Magdalena la más débil sospecha e irse pronto de este pueblo; porque ya Rodolfo está entre nosotros.

Sin detenerse se fue al convento de San Francisco para recoger la carta que Magdalena había dirigido al padre Anselmo; pero esta había partido hacía tres días.

Alarmado sobre manera, se encaminó a casa de la napolitana, revistiendo su semblante de la mayor tranquilidad posible.

Encontró a esta en conversación con la familia de la casa en que habitaba.

La familia se retiró en el acto que Eduardo se sentó.

Trabose una conversación familiar, y en ella Eduardo propuso a Magdalena retirarse de Santiago por algunos días, mientras se obtenía la respuesta del padre Anselmo.

-Me sorprende esa ocurrencia -le dijo Magdalena-, ¿a qué retirarnos?

-Te diré el motivo -le contestó Eduardo-. El vecindario nos acusa de que hacemos mala vida, fundándose en las visitas que te hago. Esas acusaciones ofenden tu honor, y aun cuando nada significan desde que tendremos que irnos a Europa, con todo, ellas pueden llegar a oídos del padre Anselmo y perjudicarnos. ¿No te parece -continuó con un acento de súplica amorosa-, que todo eso podría salvarse retirándonos a una aldea inmediata, a una chacra u otro lugar semejante?

Magdalena creyendo encontrar en tales palabras un fondo sano, un sentimiento delicado del amor da Eduardo, se limitó a contestar:

-Lo que tú hagas está bien hecho.

-Reconozco en ello -repuso Eduardo estrechándola afectuosamente la mano-, una prueba más de la felicidad que nos depara la Providencia.

Magdalena, bella y espiritual, conservando la virginidad del alma, se encendió de rubor y apartando la mano interrogó:

-¿Cuándo quieres sacarme de aquí?

-Bien podrá ser mañana o pasado -le contestó-. Voy a buscar un lugar aparente.

Eduardo, en posesión de tal determinación, creyó asegurar sus planes.

Retirándose de la ciudad, Magdalena ignoraría la llegada del padre Anselmo y podría recurrir a expedientes fraguados para hacerla desistir de la idea de obtener respuesta a la carta, y conseguir el enlace, para en seguida seguir de incógnitos a vivir en las poblaciones del viejo mundo.

Alimentado de ideas tales, se despidió a poner en planta su plan.

Tomó un caballo y se dirigió por el camino de la Palmilla:

- XVIII -

Mientras Eduardo obtenía el consentimiento de Magdalena, Rodolfo lo había pasado con Antonino bebiendo un poco de licor en la Cañadilla.

A eso de las dos de la tarde regresaban al centro de la ciudad. El primero bastante alegre, aunque cuestionando sobre las reflexiones de abstinencia que el segundo le hacía.

-Convécete -le decía Rodolfo-, que el beber hasta la embriaguez equivale a convertirse en bestia.

Esas reflexiones son buenas -le respondía el plebeyo-, para el que bebe por gusto, mas no para el que olvida así sentimientos que le entristecen.

-Aunque así fuese, no comprendo que hayan dolores tales que hagan optar por el ridículo, la degradación. Cuando hay esos dolores y se carece del valor para resistirlos, en vez de adoptar el suicidio por medio de la bebida, es preferible darse un tiro.

-Así no sirve -replicó el ebrio-, porque así se va uno al infierno. Del otro modo se alcanza confesión y después de morir alegre, se va uno al cielo.

-Esa es una sinrazón -le observó Rodolfo-, porque para irse al cielo no basta confesarse sino ser bueno en la vida.

-Me parece hereje -repuso Antonino-, porque contradices lo mandado por la Santa Religión y aconsejado por sus ministros, de que uno puede ser muy malo sin peligro de perderse, con tal que al expirar alcance un padre. El único riesgo está en morir de repente; pero esto es tan raro que yo no seré excepción a la regla general. Y en último caso, el diablo es bien divertido para que cause miedo.

Rodolfo conoció que la conversación degeneraba en chanza y que su compañero era hombre perdido, por lo cual se limitó a decirle:

-Parece que no te agradan estas conversaciones; sin embargo dime; ¿tú bebes por necesidad o por vicio?...

-¡Oh amigo mío! -exclamó el roto al sentirse tocado en su cuerda favorita-. ¿Qué sería del pobre si no bebiese? Es la única diversión que tiene. Beber después de haber trabajado un día entero para ganar real y medio, quizá produciendo veinte para el patrón; beber, cuando no tenemos cómo alimentar a nuestros hijos ni la esperanza de hacerlo con seguridad, es un consuelo, porque así se olvida uno de todo y es feliz en aquel momento de enajenación. ¿Le parece poca cosa que un hombre esté condenado a trabajar desde que nace hasta que muere bajo la pena de morir de hambre? Si se divisase un descanso, ¡vaya! Pero cuando se tiene la persuasión de sucumbir en la miseria y en ella nuestros hijos, vale más beber para desechar ese mal pensamiento.

Antonino manifestó esta vez cierta conmoción que Rodolfo procuró desvirtuar diciéndole:

-Eso mismo pensaba yo ahora tiempos; pero hubo uno que me dijo: el pobre sufre porque sus derechos están usurpados por los poderosos; porque la sociedad marcha fuera del orden natural. Que el pobre conozca lo que es, lo que le corresponde, lo que debe ser, y entonces bendecirá el trabajo, porque el trabajo será mirado como la santificación de las necesidades humanas. Esto me decían a mí, y yo que te quiero, te diré: que el peor medio que hay para llegar a ser algo, es principiar por degradarse, puesto que así seremos despotizados con facilidad.

-Estás muy filósofo -le observó el roto-; eso que me dices nada significa.

Rodolfo tentó aún el despertarle la razón y le preguntó:

-¿Amas al hombre de bien?

-¿Lo conoces tú? -le contestó.

-¿Qué no crees que hay hombres honrados?

-Así lo dicen, pero para mí ese es un cuento, porque...

Antonino cortó la frase por el recuerdo que le despertó un hombre que pasaba en un caballo a todo andar.

Aguarda -le dijo a Rodolfo-, ese que acaba de pasar es el que me dijeron que había venido del Callao.

Rodolfo fijando su atención cuanto le fue posible, reconoció en el hombre que pasaba a Eduardo, lanzó un grito involuntario.

-¡Él es!... -y echó a correr para alcanzarle.

-¿Que te has vuelto loco? -le gritó el roto echando a correr también tras de su compañero.

-¡Aguarda! ¡Aguarda! -gritaba Rodolfo al del caballo, pero iba tan de prisa, que la voz no alcanzó y la carrera fue impotente. Eduardo había torcido en una bocacalle y desaparecido rápidamente,

-¿Qué es esto? -preguntó Antonino al amigo, asesando de la carrera que había dado para alcanzarle.

Rodolfo estaba pálido y su voz ahogada por la impresión.

Sus ojos chispeantes e inquietos.

Había en él una gran transformación.

Procurando serenarse satisfizo la pregunta que se le hacía:

-¡Nada, creí conocer a un patrón que me debe!

-¿Pero no te dije que ese hombre era del Callao?

-Cierto... pero... sin embargo, yo querría saber dónde vive ese hombre... Si lo encontrase tendría cien o más pesos.

-¡Cien pesos!

-Sí; ese hombre no es del Callao, te han engañado.

Ese hombre es un ladrón noble que debemos encontrar.

Antonino no se cansaba de mirar a Rodolfo, cada vez más sorprendido de lo que oía.

-Yo te daría esos cien pesos -continuó Rodolfo-, si descubrieses la casa donde vive.

-O estás loco o eres qué sé yo -le observó el roto.

-No, mi amigo -prosiguió Rodolfo-. No soy loco; dame tu palabra y te diré...

-Te la doy -le respondió el roto estirando la mano derecha y quitándose el sombrero con la otra.

-Yo soy un rico que persigo a un hombre, que me ha robado mi fortuna, mi tranquilidad, mi honra. Ando así porque quiero sorprenderle.

El primer síntoma del roto fue dar un paso atrás, involuntario, de respeto y de embarazo.

Rodolfo, alentándole la confianza le tomó del brazo; le dio cuatro pesos fuertes, y le dijo: Es necesario encontrar a ese sujeto. Dejarás de ser pobre si lo consigues. Todos los días, nos veremos en la plaza. Allí te daré un diario para que no trabajes en otra cosa que en buscarlo.

El roto todo embarazado recibió el dinero; manifestó reconocimiento y se despidió de Rodolfo diciéndole:

-Voy a trabajar en este asunto con más interés que si fuese mío.

-Sobre todo, el sigilo -le recomendó Rodolfo.

-Eso por sabido -le repuso Antonino retirándose; y cuando estuvo solo le acudieron profundas reflexiones-. ¡Un noble ladrón! -se dijo-, esto es curioso. ¡Qué tal! Si fuese un pobre no lo buscaría; pero a un rico, a uno de los que persiguen al pobre, no se me escapará.

- XIX -

La emigración seguía llegando a Chile, proveniente del Perú.

Después del buque «Tres Marías», llegó el bergantín «Aguerrido», conduciendo algunos pasajeros.

Entre ellos venía un joven sacerdote perteneciente a la compañía de Jesús.

El mismo día que desembarcó tomó un caballo y se marchó a la capital.

Llegaba a Santiago en circunstancias que Rodolfo acababa de divisar a Eduardo.

Este joven era un emisario; por consiguiente, fue conducido en el acto que llegó a la celda del jefe de la orden en Chile.

En presencia de este, sacó un pliego que entregó.

El jefe al tomar el papel, registró el sello, sacó un par de anteojos y mirando de reojo al conductor pasó a imponerse del contenido.

A cada renglón que leía miraba de soslayo al joven.

¿Qué decía el papel?

He aquí el contenido:

«Lima, Noviembre 5 de 1746.

»Mi V. P. y Hermano en Dios:

»Esta epístola tiene un solo objeto y este es de alta importancia para la conservación del buen crédito de nuestra santa orden.

»Ya en otra especial he hablado a V. del gran terremoto, ahora quiero prevenirle de otro gran cataclismo que amenaza a la Compañía con motivo de la pérdida que ha sufrido a causa de la fuga que ha hecho nuestro brazo ejecutor.

»Con motivo del terremoto, el Inquisidor Mayor, Eduardo Manríquez, se ha ido a esa seducido por el demonio que se ha encarnado en una mujer llamada Magdalena de... Eduardo se hallaba enamorado de ella y quiso casarse, pero yo se lo impedí, a causa de haber sido enviado a Sevilla su legítimo esposo R. de A... que debe vivir aún.

»La fuga de Eduardo es para casarse allí, seguramente, y para ello ha ocultado los caudales del Santo Oficio, y lo que es peor, es poseedor de todos los secretos que la Compañía le ha hecho cuando ha necesitado emplear su poder en servicio de Dios.

»V. debe calcular la importancia de ellos, pues basta prevenirle que si fuesen revelados, podrían causarnos grandes males.

»El portador instruirá a V. de algunos hechos confidenciales.

»Impregnado de la importancia del asunto, he resuelto enviar al conductor con dos fines: 1º para que sea el sepulturero de los secretos de Eduardo, y 2º para que justifique mis procedimientos ante V. El emisario lleva instrucciones secretas, y lo único que necesita será el ser conducido al lugar donde vive ese hombre. Para ello deben emplearse cuantos medios sean necesarios.

»Había querido enviar a un joven salvado de las ruinas de la cárcel (Salazar), sacrificado por Eduardo, pero no le creí bastante competente. Así es que el portador es el hombre destinado por el dedo de la Providencia.

»Aprovecho la ocasión para repetirle mi invariable afecto, previniéndole la quema de este pliego (como de costumbre) etc. etc.

»Su muy A. y S. S.

»Gonzales.

Prepósito de la Orden de Lima».

El abate Molinares (que así se llamaba el jefe del convento grande en Santiago), luego que terminó la lectura de la carta, detuvo su mirada en el emisario, y como quien trata de un asunto insignificante, le interrogó con gran calma:

-¿Estáis dispuesto a cumplir lo que se os ha recomendado?

-Con todo mi corazón, V. P. -le respondió-, pues sé, que ese es un servicio que rindo a la gloria de Dios.

-Así es -agregó el abate-; todo lo que se hace con tan santo fin es premiado en el cielo. ¿Y cuáles son las instrucciones que traéis?

El emisario paseó la vista en torno de la celda para asegurarse que nadie le escuchaba, y en seguida aproximándose al abate, se las refirió al oído.

-La cosa es seria -le observó Molinares-. Está bien, id a descansar por hoy mientras me ocupo en prepararos el camino.

- XX -

Al retirarse el emisario, Molinares hizo tocar a defensorio.

Los hermanos salieron inmediatamente de sus celdas y se dirigieron a la sala destinada a reuniones de este género.

Cada cual ocupó el asiento correspondiente a su jerarquía.

Molinares entró con la cabeza gacha, y colocándose en la cabecera de la sala, examinó con la vista a sus hermanos, que nunca faltaban a tan solemne junta.

La voz del jefe se dejó oír en medio de un profundo silencio.

-Hermanos -les dijo-: la Compañía se encuentra amenazada de un gran peligro.

Los hermanos alzaron los ojos manifestando inquietud.

Molinares tosió para tener lugar de observar los semblantes, y luego continuó:

-Ese gran peligro no puede darse a conocer: pero basta que os lo indique.

En el acto el auditorio volvió a bajar la vista y quedar inmóvil cual un cadáver.

El régimen de la asociación obraba sobre las manifestaciones del espíritu.

Molinares siguió en su discurso.

-Por ahora es necesario (y que a ello solo os limitéis), averiguar la residencia de un Eduardo Manríquez y de una tal Magdalena de... ambos venidos del Callao en estos días.

El jefe continuó haciendo la filiación de los dos personajes, y los hermanos a tomar nota de ella.

Cuando todo estuvo terminado y hubo pasado un corto rato de meditación, el jefe dijo:

-¿Será necesario principiar a hacer las investigaciones?

Esta pregunta importaba un reproche del jefe, porque manifestaba la admiración de que esas investigaciones no estuviesen hechas desde antes de necesitarse saber de las personas, según era de ordenanza.

Pero luego cesaron las dudas.

Uno de los hombres se levantó, pidió permiso al jefe para volver pronto, y se retiró a su celda.

Allí abrió el diario de apuntes que llevaba: consultó las filiaciones y regresó a la sala del defensorio.

-Podéis hablar -le dijo Molinares al reverendo.

-La Compañía está servida -respondió el reverendo.

Molinares absteniéndose de tomar conocimiento del asunto en reunión, siguió adelante:

-Falta aún saber cuál es la residencia de ese preso que iba a bordo de la «Esperanza» de que ya tenéis conocimiento por el bando de la autoridad. Es necesario descubrir a ese hombre y salvarlo de la cárcel.

Ninguno de los hermanos supo dar razón del individuo que se les recomendaba.

Hicieron sus apuntes y esperaron.

Molinares levantó la sesión y se quedó a solas con el hermano que había dicho: «la Compañía está servida».

En efecto, este sabía cuanto tenía relación con el primer encargo.

Molinares en posesión de datos tales, llamó al emisario y se encerró con él en su celda.

-Sabemos -le dijo-, lo que deseáis; pero creo prudente variar un tanto vuestras instrucciones, por razones particulares. Deberéis saber que en este reino se encuentra el marido de Magdalena, Rodolfo.

El emisario no pudo contener una expresión involuntaria de sorpresa y alegría.

-¿Aquí?

-Sí; leed ese papel -agregó el jefe pasándole copia del bando.

-¡Ese es Rodolfo! -exclamó el hombre- ¡Qué hallazgo!

-¿Qué pensáis de ello?

El emisario bajó la voz y manifestó sus ideas.

-Pensáis con cordura -le dijo Molinares al ver que ambos pensaban de un propio modo. Es pues necesario encontrarle.

Convenidos en esta medida; Molinares dirigió al Provincial de San Francisco las siguientes líneas:

«Santiago y Febrero 11 de 1747.

»Mi R. P. Provincial:

»Agradecería a su paternidad en el alma, se sirviese decirme donde se encuentra fray Anselmo de Alvarado, etc. etc.

»P. Molinares».

- XXI -

Los padres de San Francisco habían tomado interés por saber qué significaba el empeño que había por parte del Prepósito Molinares y de Eduardo (a quien no conocían) en buscar al padre Anselmo:

Este apenas era conocido en el convento por haber estado de tránsito unos pocos días en la capital.

La curiosidad de los frailes se aumentó con la llegada de un tercero el día doce, en que preguntaba si había llegado el religioso a que nos referimos.

El Provincial dio orden de llevar a su presencia al desconocido, para saber que significaba lo que ocurría.

-¿A quién buscabais? -le interrogó al tener ante sí a un labriego, que era el misterioso desconocido.

-Al padre Anselmo.

-¿De parte de quién?

-Lo necesitaba S. Paternidad.

-¿Pues cómo le buscáis acá cuando él vive en el Sud?

-Se me había dicho que llegaba hoy.

Esta era una verdadera noticia para el Provincial.

Así es que continuó en el diálogo investigador que había entablado.

-¿Seguramente venís de parte de ese señor que le mandó una carta días pasados?

-¡Una carta! -esta era otra verdadera noticia para el labriego.

-No, S. P., yo no vengo enviado por persona alguna.

-Entonces sois el tercero que le busca -exclamó el Provincial-. ¿Quién sois?

-Un español.

-¿Y quién os ha dicho que hoy llega?

-Un viajero que llegó del Sud.

El Provincial, más confundido aún, continuó:

-¿Y podéis decirme para qué lo necesitáis?

-Es un asunto de conciencia, R. P., que no puedo revelar sino a él.

El Reverendo echándose en una butaca de suela y respirando con esa fuerza que da la robustez proveniente de una vida holgazana, despidió al labriego, sin intentar descubrir los secretos de la conciencia.

- XXII -

Habría pasado una hora de habido el anterior diálogo, cuando el padre Anselmo llegaba en un caballo cubierto de sudor, fatigado por la marcha veloz que había hecho.

Pasados los cumplimientos de la salutación, el Provincial le llevó a su celda, le entregó la carta de Molinares y le informó de cuanto había pasado, sobre todo en lo tocante al desconocido.

-¿Y ese labriego volverá hoy? -le interrogó el padre Anselmo.

-Nada dijo -le respondió el Provincial-; pero volverá sin duda.

El padre respiró y santificó a Dios en su corazón.

Veía salvado a su hermano.

-¿Y una carta que os envié días ha? -le interrogó el Provincial-; supongo no habréis tenido tiempo de recibirla.

-En San Fernando, S. P., encontré al conductor y allí me la entregó.

-Parece que erais bien deseado, hermano.

-Ignoro el objeto, solo sé que aquí me espera la esposa de mi hermano -le respondió el padre.

Y como la carta de Magdalena bastaba para satisfacer al superior, la sacó del bolsillo y la mostró al Provincial.

Este paso, bastó para terminar las investigaciones y satisfacer las dudas.

El padre Anselmo se retiró a una celda, se limpió, y recorriendo la carta de Magdalena en lo referente a las señas de la casa donde le decía debía encontrarla, se dispuso a ir en su busca.

-Dios es justo -se dijo a sí mismo-. Hoy mismo dejará de sufrir Rodolfo.

El padre Anselmo tomaba tal prisa por ver a Magdalena, porque quería evitar el encuentro del hermano con Eduardo.

Deseaba salvar a todos.

Salió con esta determinación y tomó por la calle de San Antonio hasta desembocar en la de Santo Domingo.

Allí encontró la casa que se le designaba.

En la puerta de la sala encontró una señora como de 40 años de edad y a ella le interrogó:

-¿La señora Magdalena está en casa?

La señora parándose y asumiendo una posición reverente le respondió:

-Esta mañana se ha ido al campo.

El reverendo varió de semblante, se sintió contrariado; pero sin embargo continuó en sus indagaciones.

-¿A qué parte del campo?

-Nada dijo sobre ello, pues un señor con quien va a casarse vino por ella y la llevó.

-¿Cree V. que volverá?

-Lo ignoro, S. P., desde que ella se llevó su equipaje.

-¡Qué desgracia! -exclamó el padre.

-Seguramente es S. P. la persona a quien ella esperaba para casarse.

-Sí, señora, yo mismo.

El padre quedó pensativo, rehusó tomar asiento, y como procurando convencerse más del chasco, le volvió a interrogar:

-¿No me da V. algún arbitrio para encontrarla?

-Siento no poderle servir; pero esté S. P. seguro, que si algo consigo saber, en el momento lo pondré en su conocimiento.

-Sería el mayor servicio que podría hacerme -le contestó el padre.

- XXIII -

Eran las doce del indicado día, cuando pasaban tales cosas.

A esa hora, el Padre Anselmo se dirigió a ver al prepósito Molinares.

Hizo anunciarse y pronto se encontraron ambos a solas.

-¿Sois el R. Padre Anselmo? -le saludó Molinares manifestando gran agrado.

-El mismo, V. P. -le contestó este con el semblante contristado aún por las emociones pasadas.

-¿Cuándo habéis llegado?

-Tan solo hoy, y me he apresurado a venir, atendiendo a la cartita que V. P. dirigió a mi prelado.

-Os agradezco tanta diligencia; pero no os arrepentiréis de ello, porque tengo algo de muy interesante que deciros.

Molinares hizo sentar al padre, y como acomodándose en un sillón, se dispuso a emplear con este hombre la alta política, a fin de hacerle servir de instrumento a sus planes.

Molinares, es de advertir, en su profundo conocimiento de las cosas, luego que vio al padre Anselmo y supo que acababa de llegar del Sur, dedujo sin dificultad que sabía del hermano Rodolfo, y que este debía haber llegado también a Santiago.

Con estos antecedentes, entabló el siguiente diálogo:

-Debéis saber -le dijo Molinares-, que en Lima se cometió un crimen contra vuestro hermano.

-¿Contra mi hermano? -le respondió el padre demostrándole sorpresa.

Molinares estudió el semblante del padre, y luego continuó, haciéndose que aceptaba la extrañeza del franciscano.

-Os referiré cuanto ha pasado.

Al efecto refirióle la historia de los sucesos que se han expuesto y le manifestó que el abate González había enviado un emisario expreso para salvar a Magdalena, y a Rodolfo, a quien se suponía en Lima en viaje para Sevilla.

¿Y el emisario dónde está? -le interrogó el franciscano.

-Él no os dirá más de cuanto yo os he dicho -le respondió Molinares.

Lo que interesa es encontrar a Eduardo para volver la paz al señor Rodolfo; y esto es tanto más premioso para vos, cuanto que vuestro hermano se os presentará de un momento a otro.

-¿Cómo así, señor?

Molinares admitiendo el papel de hombre sencillo, refirió cuanto concernía al escape de Rodolfo.

El franciscano, sin conocer el móvil de tanta oficiosidad, se manifestó altamente reconocido a los servicios que se le hacían, y con tal motivo dio cuenta de la carta de Magdalena y de su viaje misterioso al campo.

-Eso ya lo sabía -le observó Molinares; mas lo que importa es con actividad y tacto obrar para encontrar esas gentes.

-Voy a ocuparme de ello -le contestó el franciscano; pero necesito ayuda, protección, porque en esta ciudad nada conozco ni sé de quién valerme.

-Yo os ofrezco mi insuficiencia -le contestó Molinares-, y os prometo emplear todos mis recursos; porque desea ver a ese Eduardo para asuntos que se me han encomendado, de la mayor importancia para la religión.

Solo desearía que si vos le encontráis primero, antes de ver a Magdalena, me lo aviséis.

-Para mí eso es un beneficio que recibo, y mi gratitud os será eterna.

Molinares se levantó a estrechar afectuosamente la mano del franciscano, que se retiraba a su convento, a ir a esperar al hermano.

- XXIV -

Cuando el franciscano regresaba a su convento, encontró a Rodolfo que le esperaba en la portería.

Le condujo a la celda que le habían arreglado, y allí a solas entraron en conversaciones expansivas acerca de lo ocurrido durante la última separación.

En medio de estas conversaciones entró de preferencia la que se refería al asunto que preocupaba a los dos hermanos.

Con este motivo Rodolfo excitado por las impresiones que había recibido al divisar a Eduardo, le dijo al padre Anselmo:

-Le he divisado, he divisado a Eduardo, y tengo esperanzas de dar con él bien pronto, porque una persona me ha asegurado el descubrir donde vive.

-¿Y qué persona es esa? -le interrogó el hermano, bastante alarmado por el modo como se habían precipitado los sucesos.

-Un hombre del pueblo -le contestó Rodolfo.

-Es necesario que ese hombre me vea, porque quiere que tú no encuentres a Eduardo antes que yo. Así lo he ofrecido al propósito de la Compañía.

-¿Pues qué tiene que ver el propósito en mis negocios?

-Mucho. Te impondré de cuanto acaba de pasar:

Refiríole el padre Anselmo su entrevista con Molinares.

-Temo -le observó Rodolfo- que traten de salvar a ese malvado de mi venganza.

-Dos veces -le dijo el franciscano-, te he oído pronunciar una palabra poco digna; me has hablado de venganza. ¿Qué piensas hacer?

Rodolfo se detuvo sorprendido del lenguaje del hermano, no comprendiendo le quisiese contrariar, lo que en la exaltación de sus pasiones, era para él un acto justo.

-¿Qué pienso hacer? me preguntas -le contestó con fuego- ¡matarle!

-¡Calla! ¡Calla! -le observó el franciscano-; eso no dicen los cristianos, los cristianos perdonan.

-En otra ocasión le perdoné llamándole a un duelo. A ese proceder se me respondió con una cárcel. Tú sabes lo pasado. En aquel entonces si me hubieses dicho: perdónale, quizás... lo habría perdonado; ¡pero ahora!

Rodolfo revelaba la borrasca que pasaba en su alma; así era que la expresión del semblante y la acción que sus nervios imprimían a su cuerpo, decían más que las palabras que pronunciaba.

-Solo la muerte -continuó después de una ligera pausa-, puede borrar tantas ofensas.

El padre Anselmo había guardado secreto respecto de la carta de Magdalena, guiado por un fin humano; mas como veía una resolución tal en Rodolfo, contra la cual la razón era impotente, quiso temperar la cólera tocando el corazón del esposo, noticiándole de la residencia de Magdalena en Santiago, y vindicándola para el caso de una entrevista inesperada.

-Y si supieses -le observó con este propósito-, que Magdalena vive tan digna de ti cual la dejaste, ¿insistirías en lo que me has dicho?

-¿Sabes que vive? -le interrogó Rodolfo con una expresión dulce y tierna.

-Lo sé.

-¿Y cómo nada me habías dicho?

-Todo te lo diré, y aún más: que pronto la verás; pero antes debes prometerme renunciar a la venganza. Las pasiones, hermano mío, ciegan y tú tienes motivos para estarlo; por eso interpongo mi serenidad para salvarte.

Rodolfo nada encontró de satisfactorio en la reflexión; sus deseos eran ver la esposa; por eso en vez de responder, prorrumpió en palabras y en acciones que demostraban su impaciencia y su gozo:

-¡Dime! ¡Dime! Hermano, ¿dónde está Magdalena?

El franciscano se encontró conmovido también, pero conoció que aquella era la ocasión de hacer reaccionar a Rodolfo.

-Dame tu palabra, hermano, de que perdonas, y todo lo sabrás.

En un momento tal de impresión, nada reflexionó Rodolfo y solo trató de asegurarse de la verdad de lo que oía.

-¿Magdalena se encuentra pura y en esta ciudad? -le interrogó.

-Sí.

-Pues entonces, perdono.

El franciscano abrazó al hermano, lleno de satisfacción; mas esto duró poco, porque la reacción era lógica.

Rodolfo se dispuso a partir, creyendo ir en el acto al encuentro de Magdalena.

-Vamos -le dijo-, no hay que demorar, porque mi pecho está al estallar con tanta felicidad.

El padre Anselmo conoció en el momento que había ido demasiado lejos, y que ya era imposible detenerse en las revelaciones que acababa de hacer; vio que era preciso ser franco y confiar en la razón del hombre para satisfacer esa justa impaciencia de Rodolfo.

Por eso, al querer este ir al encuentro de la esposa, el franciscano se quedó silencioso y meditabundo, hasta que se resolvió a decirle:

-Es necesario que tomes un conocimiento de cuanto yo sé para que obremos con cordura y sin violencia.

-De cuanto quieras hablarme -le interrumpió Rodolfo-, podrás hacerlo más tarde: por ahora volemós hacia Magdalena.

-Atiende, te lo suplico, y te convencerás de que nada se puede hacer de este modo. Siéntate.

El hermano obedeció y se puso a oír todos los acontecimientos pasados hasta llegar a tocar con la desaparición de Magdalena, y la esperanza que había de encontrarla, mediante los recursos que se habían puesto en acción.

Atónito Rodolfo de cuanto acababa de oír, la razón cedió su puesto al odio, despertándose en su corazón los celos con gran fuerza. En vez de esperar en las medidas que le indicaba el religioso, toda su imaginación se contrajo a idear venganzas, a recordar las que había alimentado antes y a encontrar justa la violencia.

Puestas en acción semejantes pasiones, mucho más en un hombre herido tan hondamente, la resolución que iba a expresar debía cambiar las expectativas concebidas por el franciscano.

-Retiro la promesa que te he hecho, fue la primera articulación que salió de los labios de Rodolfo. Ese hombre debe morir y esa mujer debe morir también.

-¿Estás loco? -le observó el franciscano-; ¿qué delito ha cometido ella? ¿Así premias a la que te guarda consideraciones, aun creyéndote muerto? ¿A la que creyéndose viuda se abstiene de un enlace antes de consultar la voluntad mía, porque me cree el único representante de tu nombre y de tus deseos?

-No, nada de virtud, todo eso es un engaño, una combinación con el amante que la acompaña. ¿Ignoraba ella acaso que yo fui preso por castigar la osadía de Eduardo? ¿No ha sido por ese hombre, por castigar sus deseos criminosos, la ofensa hecha a ella, que ya he sido condenado a una muerte oscura y silenciosa? ¿Cómo disculpar entonces la resolución de enlazarse con mi verdugo? ¿No es creíble, después de todo eso, que ella ha obrado en connivencia de Eduardo, para deshacerse de mí? ¿Que ella ha sido adúltera y que por librarse de mi presencia para realizar sus designios, obra de acuerdo con mi enemigo?

La imaginación del hombre, excitada por los celos, luego que encuentra una apariencia se extravía en conjeturas y se pierde en juicios erróneos.

No perdona las debilidades, ni toma en cuenta las circunstancias, nada ve y todo lo condena.

Esto pasaba a Rodolfo, al suponer a su esposa cómplice de Eduardo.

De la falta de energía en Magdalena para haber repelido al amante que una vez fue rechazado por el marido, nacían esas conjeturas, que llevaban la apariencia de la verdad y que sin embargo eran falsas.

Así, Rodolfo convencido de lo que expresaba, siguió en juicios tales que parecían extravíar su razón, hasta que terminó diciendo al franciscano:

-Mi resolución es invariable: mataré a los dos.

El franciscano había escuchado el desahogo del hombre herido y no desesperaba aún el reducirle a un avenimiento cristiano.

Por eso trató de calmar la cólera diciéndole:

-Cuando tu razón vuelva a meditar lo que acabas de decirme, tú mismo volverás sobre tus pasos, y desistirás de cometer un crimen tal.

-¡Jamás! -le respondió Rodolfo-, lo juro por el alma de nuestro padre.

-Los juramentos que se hacen para llevar a cabo un crimen, no obligan -le observó el franciscano-. Escuchadme un momento: quiero que seáis justo.

-¿Me vas a aconsejar desista de mi propósito?

-Sí; porque ese es mi deber.

-No admito consejos, es inútil que procures convencerme.

-Pues entonces -le dijo el franciscano alzándose y revistiéndose de la gravedad del sacerdote y del hombre justo-, si no cedes a la razón, ejerzo sobre ti mi autoridad de hermano mayor y de cristiano. Te ordeno, te mando obedecerme.

Palabras perdidas para quien le escuchaba.

Rodolfo estaba ciego de furor, y ante ese odio que abrigaba, todo paso era inútil.

-Yo sé lo que me corresponde hacer -le contestó Rodolfo-. Ante mi conciencia no hay más autoridad que la mía.

-Pues si no obedeces -le repuso el hermano-, yo no podré ser tu amigo, tu hermano.

-Renunciaría a todo antes que a mi venganza.

Esta resolución de Rodolfo bastó para convencer al franciscano que era preciso obrar de otro modo.

La esperanza que concibió fue buscar, encontrar a Magdalena, retirarla de Eduardo y alejar a este, ocultando los procedimientos hasta calmar al hermano.

Con semejante ánimo, el religioso desistió de toda discusión, y conservando toda la dignidad que había asumido, se limitó a decir a Rodolfo:

-Cuando vuelvas a pensar de otro modo, puedes verme.

Rodolfo se retiró sin proferir una palabra.

El hombre dominado por las pasiones, es la bestia más feroz de las creadas.

- XXV -

El disgusto acaecido entre los dos hermanos había conducido a Rodolfo hasta el despecho.

No divisaba peligros ya, ni temía por su persona.

Enterado de que Molinares se ocupaba del descubrimiento de los designados a su furor, al salir de San Francisco, se dirigió a ver a este abate.

El estado febril en que se hallaba no le daba treguas a esperar.

Estaban en Santiago Eduardo y Magdalena, y esto era bastante para conducirlo a la impaciencia.

Para Rodolfo, Molinares debía, sino designarle el lugar, al menos ponerle en camino de encontrarlos.

Con tal ánimo se hizo introducir donde estaba el abate.

-Soy el hermano del padre Anselmo -le dijo al entrar.

-Celebro el conoceros, sentaos -le repuso Molinares con la mayor amabilidad. ¿Qué decíais?

-Soy perseguido por la justicia -le contestó Rodolfo. Conoces mis antecedentes, y sin embargo, debo declararos que no temo el presentarme aquí; porque vengo a que os sirváis decirme si sabéis dónde está mi esposa, como podré encontrarla, seguro que no me haréis penar, morir en la desesperación.

El abate observaba tranquilamente la conmoción del hombre.

-¿Y por qué venís a mí para semejante asunto? -le volvió a interrogar.

-Señor, mi hermano me ha informado de ello, pero se ha negado a decirme cuanto debo saber, quiere dejar impune el crimen.

-Pues si vuestro hermano os ha informado de cuanto ha conversado conmigo, razón tendrá para no ser bien franco con vos -le repuso Molinares-; quizás teme algo de vuestros procedimientos.

Rodolfo dejaba entrever una sonrisa que ocultaba su intención; pero una sonrisa de hiena, y con ella dijo al abate:

-¿Qué podrá hacer un desgraciado como yo? ¿Sería mucho castigo el perdonarles?

El abate comprendió bien pronto lo que el hombre pensaba; pero quiso hacerse el crédulo, y conociendo que la resolución encubierta de Rodolfo le convenía más que la que tomase el franciscano, tomó el partido de servir los intereses del hermano ofendido, antes de cumplir lo acordado con el padre Anselmo.

Ocupado en estas ideas habló con franqueza a Rodolfo.

-Hasta hoy no ha podido saberse el lugar donde están las personas que necesitáis, a pesar del empeño que en ello tomo por servir a la moral; pero estad seguro que yo los descubriré y os lo avisaré en el acto.

-¡Y sin embargo, ellos han de seguir viviendo juntos! -exclamó Rodolfo lleno de furor y de agonía.

-Tened paciencia -le observó el abate con ese aplomo que da la seguridad de llegar al resultado que se desea. Vuestra esposa volverá a vuestro lado.

-Gracias, señor -le contestó el esposo-, gracias. ¿Y cuándo y cómo tendré conocimiento del resultado de vuestros trabajos?

-Venid todos los días a las siete de la noche.

-Seré todo vuestro -le contestó Rodolfo-, y se retiró abatido por la dilación.

Molinares se contrajo en seguida a escribir cartas a los curas para que diesen aviso anticipado de los matrimonios que fueran a hacerse.

- XXVI -

Cuando en la ciudad se trabajaba por descubrir a Eduardo y Magdalena, una escena distinta pasaba a cuatro leguas de distancia de la población.

Saliendo por el lado norte de Santiago, se caminaba por largos callejones, hasta llegar a un despoblado que conduce a unos cerros.

Al través de estos cerros sigue un camino marcado por las huellas del tráfico, hasta el valle de Aconcagua.

En toda la travesía se notan vías distintas que se abren en direcciones opuestas.

Son o eran caminos (porque todo ha variado) que el tráfico había hecho de los inquilinos, peones, tropas de carga, anexas a la multitud de propiedades que se encuentran en aquel valle.

El viajero poco inteligente, solía a veces seguir el rumbo que creía más regular en la marcha; pero con frecuencia sucedía que lejos de avanzar se encontraba perdido o daba con objetos diversos que le manifestaban su error.

Era necesaria alguna pericia para viajar por esos lugares.

En el curso de esos caminos se encontraban ranchos diseminados, habitados por las familias de los labradores.

El transeúnte, al pasar por esos ranchos no divisaba gente, y creía que pasaba sin ser visto; pero los peritos sabían que a los habitantes de esos lugares nada se les escapaba.

Así era que, si se perdía un animal o se buscaba a un individuo, el interesado se acercaba a esos lugares y tomaba los informes que deseaba.

Antonino que conocía estas costumbres, al ofrecerse a Rodolfo para descubrir a Eduardo, contaba con su práctica, y fue por eso que puso en planta sus ideas, como se verá más adelante.

En la mañana del 12 de Febrero, dos personas cabalgaban por el camino que hemos indicado.

Era una mujer cubierta por un velo negro, y un hombre decente que la acompañaba.

Marchaban silenciosos preocupados en acelerar el viaje.

Llegaron a alguna distancia de la ciudad y se detuvieron.

El hombre se puso a observar, y reconociendo en una tapia una señal que había hecho él mismo el día anterior, dijo a la joven:

-Sigamos por acá.

Ambos torcieron las bridas de sus caballos y se dirigieron por un camino especial que conducía al interior de una extensa propiedad.

Caminaron por una senda rodeada de arbustos y yerbas, y al fin de una media hora de bien andar, llegaron a una casa extensa, bastante descuidada.

Frente a las habitaciones corría un largo corredor.

Allí se hallaba de pie un hombre de alta estatura, acompañado de una mujer de edad y algunos muchachos pequeños.

Al llegar los viajeros, el campesino se adelantó, y tomando de la cintura a la dama, la puso en tierra.

El sol era sofocante y la viajera sin detenerse en cumplimientos, exclamó:

-¡Vengo muerta!

-¿Qué deseáis tomar? -le interrogó el acompañante.

-Algo de fresco.

Bien se deja conocer que estas personas eran Magdalena y Eduardo.

Magdalena entró a una de las piezas de la casa, arrojó el velo y el sombrero y se reclinó en un ancho sofá.

La mujer que allí estaba al ver tanta belleza, un rostro tan luminoso y angelical, no pudo menos que detenerse a contemplarla con gozo.

Eduardo había quedado afuera hablando con el hombre que les recibió.

-No tengáis cuidado -le decía este-, que era el mayordomo de la hacienda; aquí viviréis en paz, y aun cuando os busquen, estad seguro que nadie os molestará.

Eduardo manifestaba su reconocimiento.

Esta conversación indicaba una connivencia anterior.

En efecto, el día anterior, Eduardo le había expuesto que se hallaba perseguido a causa de haber desaparecido con la joven que le acompañaba, la cual debía ser su esposa; y que le era necesario permanecer oculto inter cesaban las pesquisas.

El mayordomo, que era un hombre de excelente corazón, sentía verdadero gusto en prestar un servicio de esta especie, al extremo de considerar la causa que protegía cual si fuese suya propia.

Este interés había crecido, cuando conoció toda la importancia física de la napolitana.

Posesionado de un sentimiento hospitalario, nuestro hombre montó a caballo, advirtiéndole a Eduardo iba a prevenir a los inquilinos del camino no diesen razón de las personas, que habían pasado en la mañana. De este modo quedaba asegurado el sigilo.

Haciendo estas prevenciones, el mayordomo arrimó espuelas a su caballo, y partió como un celaje por entre cercas y callejones, cual si fuera un bárbaro que se olvida de la existencia.

- XXVII -

Las precauciones del mayordomo eran necesarias, tanto más, desde que un hombre del pueblo se había comprometido a descubrir las personas que se habían ido a ocultar.

Antonino había empleado la tarde del día 11 en espiar la vuelta del hombre del Callao.

Aquella tarde nada avanzó en sus informes, porque Eduardo había regresado por otro camino.

El día 13, el roto supo por Rodolfo que el hombre del Callao acompañado de una dama había salido al campo para no volver. Con este dato, nuestro roto se puso en marcha, preocupado de serios raciocinios.

-Si se ha ido al campo -se dijo-, debe haberse marchado por donde ayer pasó; si no ha tomado esa dirección, es fácil saber dónde estuvo el día once y de allí indagar el lugar en que puede encontrarse.

Esta era una consecuencia lógica, aunque parezca extraña en un plebeyo; pero como todo ser no necesita educarse para pensar, es también lógico concluir en que no era extravagante que Antonino pensase como pensaba.

Animado de tales ideas emprendió su peregrinación con fe. Tomó por la Cañadilla y siguió adelante sin desviarse del camino real.

Después de haber avanzado unas diez cuabras fuera de la población, entró a una venta, pidió una copa da aguardiente y pagó con garbo. La ventera se sonrió de las ínfulas del roto y este aprovechó la ocasión para dirigirle algunos requiebros. Entablada una conversación tal, Antonino trató luego de lo que le interesaba saber.

-Y dígame V. -le dijo-, ¿no me dará razón de un señor y de una señora que han pasado por acá el doce por la mañana, es decir, ayer?

-Por aquí pasaron -le respondió la ventera.

-¿Les vio V.?

-Creo que iban para Colina.

-¿Qué señas tenían?

-La señora iba vestida de negro, cubierta con un velo, y el señor con un poncho azul. Iba la primera en un caballo y el señor en un alazán tostado.

Antonino recogió con toda exactitud las noticias que se le habían dado y se despidió continuando su marcha.

En cada rancho que encontraba, nuestro hombre volvía a repetir sus indagaciones, tomando el pretexto de comprar pan, aguardiente o cigarros.

Las noticias iban conformes y nuestro hombre seguía adelante sin reparar en las distancias.

Después de haber hecho una larga caminata, llegó al lugar donde Eduardo se había detenido y dejado el camino real.

Allí encontró un rancho perteneciente a la propiedad ya indicada y entró a él para proseguir el hilo del itinerario que llevaba. Hizo las preguntas convenientes, y la mujer que allí había negó que habían pasado semejantes gentes.

Antonino atribuyó a descuido esta ignorancia o negativa y prosiguió adelante.

El sol reverberaba y nuestro roto sudando a mares no desmayaba.

Después de una media legua se encontró con algunos ranchos agrupados, y allí se introdujo en prosecución de sus investigaciones.

Los diferentes habitantes de estas viviendas aseguraron a Antonino que por allí no había pasado la gente por quien preguntaba. Con tales datos, Antonino dedujo que Eduardo no había ido a Colina sino que se había quedado atrás.

El sol marchaba ya a su ocaso y la distancia que había para regresar era larga.

El roto marcó el lugar hasta donde había llegado, pagó a un arriero que pasaba para que lo llevase a la ciudad, y en las primeras horas de la noche se encontró al frente de Rodolfo que le esperaba, según había convenido.

Dióle razón de cuanto había hecho y concluyó:

-He llegado a la puerta del horno.

-Mañana iremos los dos -le dijo Rodolfo.

-Pero a caballo, porque es muy lejos y estoy estropeado.

-Como más convenga -le observó Rodolfo ratificándolo.

Las noticias adquiridas eran de alta importancia. Rodolfo en posesión de ellas corrió a comunicarlas al abate Molinares.

-Es mucho adelantar -le observó este.

-Mañana espero descubrir lo que me falta -le dijo Rodolfo-, porque pienso ir en persona.

-Eso no -le contestó el abate-; porque si os conocen, os pueden hacer aprehender, entregaros a la autoridad y perderos. Yo os daré un hombre que recomendaréis a ese plebeyo para que le acompañe, y estad seguro que le encontrarán sin que él lo sepa.

Esta justa reflexión convenció a Rodolfo, porque recordó su posición, y lo que en otro tiempo había ocurrido con Eduardo.

Cedió al pensamiento del abate.

- XXVIII -

Al amanecer del siguiente día, Antonino acompañado de un hombre delgado de cuerpo, disfrazado con vestidos de campesino, volvía a los lugares que había recorrido la víspera. Era el emisario del abate González.

Pronto se advertía entre ambos suma confianza.

Las primeras ventas fueron visitadas para satisfacer el seco gahzate de Antonino.

Fuera de la ciudad y a más de una legua de distancia, el cansancio aumentado por el sol de la estación, obligó a los viajeros a tomar reposo en un rancho que encontraron.

Tal oportunidad, propicia para el roto, la aprovechó en tomar aguardiente.

El emisario observó a su compañero la necesidad de abstenerse y le apuró para seguir la marcha.

Antonino le hizo presente que no había tenido tiempo de descansar y que era necesario quedar una media hora más.

Antonino procedía así por encontrarse frente a una guapa muchacha que cuidaba de la venta y por la cual su corazón había principiado a palpar.

La muchacha sonreía a las palabras del enamorado y a la actitud que asumía echándole el brazo por el pescuezo para acariciarla.

-Estése V. quieto, que lo ve ese hombre -le observó la ventera.

-Ese no es inconveniente, hijita, le contestó el roto procurando acercarle el rostro para darle un beso.

La ventera se defendía, pero el roto la amagaba sin tregua.

En esto se encontraban cuando entró un labrador que se quedó sorprendido.

La muchacha al verlo le dijo:

-Quite a ese hombre de aquí.

El labrador era un enamorado de la ventera, pero un enamorado a lo serio. Al sentir que su Dulcinea le llamaba en su auxilio, de un salto se arrojó sobre Antonino, lo tomó entre sus brazos y lo aventó contra la pared. El roto rodó por el suelo, y parándose con furor, apostrofó al adversario:

-¿Es V. el padre, hermano o marido de esta joven?

-Salga en el acto -le respondió este-, antes que le rompa el alma.

Antonino, que era un valiente, lejos de intimidarse y antes que sufrir el bochorno de la derrota ante una dama, provocó al contrario:

-Si es hombre venga acá.

Ambos salieron, y en la puerta de la venta le interrogó el labrador:

-¿Adónde quieres que vayamos?

-A un lugar solo.

El emisario que hasta entonces había sido un mudo espectador, salió de su inacción y se opuso a que el desagrado fuese adelante. Pero el roto le dijo que no había peligro y que le dejase un momento con el labrador.

Prevalidos de la debilidad del emisario, los adversarios se encaminaron a un potrero próximo y se colocaron tras de la tapia para no ser vistos.

-¿Cómo queréis que peleemos? -le interrogó el roto al labrador.

-Como hombres -le contestó.

Pelear como hombres entre esa gente es reñir a cuchillo.

La escena que vamos a describir dará una idea de la costumbre bárbara que allí existía y que aún se conserva en parte.

Antonino se quitó el poncho y le enrolló en el brazo izquierdo.

Con la otra mano empuñó un puñal que llevaba a la cintura.

Igual apresto hizo el adversario.

En seguida el roto se sacó una larga faja que llevaba a la cintura como de tres varas de largo y se ató una punta en un pie y pasó la otra al labrador, quien hizo igual cosa.

Ligados de este modo, el ataque principió.

Ambos levantaron el brazo izquierdo para barajar los golpes que se dirigieran y con el otro se prepararon a acometer con oportunidad.

Antonino se agachó, y cual si torease al labrador, principió a balancearse guardando el aplomo sobre ambas piernas.

El otro que espiaba la ocasión, dio un brinco para herir al adversario amenazándole a la cara, y variando con celeridad el golpe, dirigiolo al vientre.

Antonino evitó el daño brincando hacia atrás y haciendo retroceder al enemigo, acometiendo sobre la marcha.

Ambos eran duchos en el manejo del cuchillo, y lo eran tanto, que en aquella aptitud nada conseguían, no podían destriparse.

La agitación de los saltos, los movimientos de defensa y de ataque, habían ido agotando la paciencia de los contendientes y hécholes descuidar las reglas observadas, para de una vez herirse.

El labrador se dispuso a terminar la lucha.

Se encucilló y se presentó en esa posición falsa.

El roto creyó aprovechar el momento y cayó sobre él como un rayo, clavándole el cuchillo en el cuello; pero al propio tiempo dirigió el otro su arma e hirió al agresor por las costillas.

La sangre brotó y un salto atrás les puso en aptitud de observarse nuevamente para herirse.

Repitieron sus ataques con mayor furor, pero sin exterminarse.

En tal situación se hallaban, cuando llegó allí un hombre a caballo que se interpuso.

Era un Juez de campaña a quien la bella Dulcinea había corrido a dar parte cuando se trataba del desafío.

El emisario temeroso de los resultados, había emprendido su retirada oportunamente.

Los combatientes pasaron a descansar en una prisión.

Quedaba interrumpida la investigación.

- XXIX -

Treinta días habían transcurrido.

Las seguridades dadas por el mayordomo a Eduardo se habían cumplido.

Vanas habían sido las pesquisas de Rodolfo; en vano el padre Anselmo había recorrido los campos de los alrededores; todo había fracasado, porque el sigilo de la protección y de la hospitalidad inutilizaban los esfuerzos de la indagación.

Los curas habían informado que en sus curatos no se hallaban las personas que se les había encargado descubrir; los confesores no habían tenido revelaciones.

Rodolfo había recorrido la campaña, seguido los derroteros de Antonino, mas todo sin resultado.

Tal silencio, tal misterio, llegó a producir desaliento en los interesados.

Unos creían que se habrían ido a alguna provincia, otros que se habrían reembarcado: las conjeturas variaban, pero todas llevaban en sí el sello del desaliento.

Mientras tanto ¿qué hacían los novios?

Eduardo había calculado que en un mes podía convencer a Magdalena de la necesidad de renunciar a la idea de ver al padre Anselmo, única dificultad que se presentaba a la napolitana para dar su mano al amante que la acompañaba.

Hacer que ella viese al franciscano, equivalía a que tras del padre viniese el hermano.

Convencido Eduardo de esta verdad, se esforzó en hacer comprender a la novia lo difícil e imposible que era llegar a encontrar un misionero que habitase entre los salvajes.

Para aumentar esta convicción, manifestaba el mayor empeño en saber si el franciscano volvería de Arauco.

Con tal motivo iba diariamente a la ciudad, montado en un buen caballo, disfrazado de hacendado y cuando el sol se ocultaba.

Por las noches regresaba y participaba a Magdalena, que aun nada se sabía del religioso.

Sin embargo, el tiempo corría y las esperanzas decaían cada vez más, lo cual fue disponiendo el ánimo de la mujer a resolverse a no esperar.

Por otra parte, los cuidados de Eduardo, la presencia de este, sus repetidas instancias, y la incertidumbre de la suerte del padre Anselmo, acabaron por decidir a la napolitana.

¿No era factible que el misionero hubiese sido sacrificado como lo habían sido otros por los bárbaros?

¿Y no era persistir en un imposible confiar el término de una vida solitaria y triste a un acaso, a una incertidumbre y tal vez a una exigencia, quizá irrealizable?

Tales ideas vencieron el ánimo de la mujer y dieron por resultado que fijase por último término para la llegada del franciscano el 20 de Marzo.

-Si en este tiempo no sabemos de él -le dijo a Eduardo-, nos casaremos.

El matrimonio de estas personas era ya una necesidad, una satisfacción a la vindicta pública, la realización de un amor a toda prueba.

El término prefijado por Magdalena había llegado.

Eduardo fue ese día a la ciudad y regresó como de costumbre, por la noche.

-¿Ha llegado? -fue la pregunta de la novia al entrar su futuro.

-Nada se sabe de él.

-Así estará resuelto -dijo Magdalena.

-Siento -le observó Eduardo-, que el padre Anselmo no sea el sacerdote que nos eche las bendiciones; pero al fin, la bendición de Dios es siempre eficaz con tal que venga de uno de sus ministros.

Magdalena reclinó su frente en una de sus manos, en aptitud de meditar.

Eduardo, radiante de alegría al divisar un término a sus deseos trató de comunicar su gozo al objeto de su amor.

-¿Es posible, ángel mío -le dijo-, que aún estés meditabunda?

La napolitana dio un suspiro por toda respuesta.

-Parece que no me amases -continuó Eduardo-, porque no comprendo estés así cuando la Providencia nos acerca. ¿Voy a proceder contra tu voluntad?

Tal interrogación hirió la susceptibilidad de Magdalena.

Llevaba aún el luto de Rodolfo.

No tenía aquel brillo que llevara cuando vivía al lado de su esposo, pero se hallaba encantadora por esa expresión de melancolía espiritual que arrojaba su mirar, sus movimientos, su cuerpo entero.

¿Qué significaba esa tristeza?

Ella amaba a Eduardo, pero recordaba también a Rodolfo.

Consideraba el estado que iba a tomar y al propio tiempo recordaba el que había perdido.

Dominábala un dolor íntimo.

¿Era un presentimiento? El alma humana anuncia muchas veces por el sentimiento lo que la inteligencia no prevé ni calcula.

Ella suspiraba y estaba triste, y como satisfacción a la pregunta de su futuro, se limitó a contestarle:

-No hagas caso de mi mal estar, porque él proviene del recuerdo que consagro a la memoria del que fue mi esposo.

Este recuerdo iba acompañado de una lágrima, líquido divino que se desprendía de su alma.

Eduardo vio correr esa lágrima como la acusación de la naturaleza contra el crimen que había cometido y el que iba a cometer. No pudo resistir al contemplarla correr por las rosadas mejillas de la mujer; bajó la cabeza y cubrió su rostro con ambas manos.

Magdalena creyó que el hombre la acompañaba en su dolor, y esta creencia hizo le considerase más noble de alma de lo que se le figuraba.

-Gracias -le dijo Magdalena-, gracias por la justicia que rindes a mi dolor.

El novio comprendió el sentido de la frase, y tomando las manos de la napolitana, se las estrechó, diciéndole:

-Respeto tu sentimiento... pero ya es tiempo de borrar las heridas de un pasado cruel. Ocupémonos de nuestra felicidad.

-Tienes razón -le repuso Magdalena procurando disipar su tristeza-, hablemos de nosotros.

Y después de un corto intervalo siguió:

-¿No es verdad que siempre nos hemos amado?

-Siempre, Magdalena. ¡Siempre! -agregó Eduardo con efusión-. Desde mi juventud te he seguido paso a paso, siempre amándote, siempre idolatrándote.

-Sí -continuó la novia-, un matrimonio como este, en que solo reina el amor, no puede ser sino muy feliz, porque el amor es la felicidad.

-Es el don mayor de la divinidad -siguió Eduardo como completando el pensamiento de la mujer, el reflejo de una luz que arde en los cielos y cuyos rayos son el calor que alimenta la vida.

El hombre tenía necesidad de desahogar la felicidad que sentía bullir en su pecho, y continuó expresando lo que sentía.

-El matrimonio que nos va a unir -agregó-, me parece un sueño, porque tal he creído para mi la tranquilidad. ¿Crees que el fausto que desplegabam, las riquezas que acopiaba, la alta posición que ocupaba eran bastantes a satisfacer mi corazón? No tuve un día feliz en mi pasado. Yo sentía que en otro ser se hallaba mi felicidad, y la rueda del destino me ha hecho encontrarla. ¿Me engañaré Magdalena?

-¿Por qué te has de engañar -le contestó ella-, cuando ves que voy a vivir y morir a tu lado?

Eduardo no pudo contenerse en una explicación tan íntima y se puso de pie para imprimirle en la frente el primer beso que le daba. Magdalena lo recibió sin resistencia y en el acto se levantó retirándose a su alcoba.

Eduardo se fue a su habitación, respetando la virginidad de alma que su futura conservaba.

El matrimonio quedaba resuelto.

- XXX -

Mientras tanto sonreía la fortuna a los que habían conseguido burlar las pesquisas más esmeradas, una escena diametralmente opuesta tenía lugar en una casa particular de la ciudad.

El desgraciado Rodolfo, cansado de tantos contratiempos y sin la esperanza de encontrar a su esposa, había dejado de visitar al Prepósito, se había aislado hasta de su hermano.

Rodolfo, ese hombre de buen sentido y de razón madura, flaqueaba aguijoneado por el dolor.

Un sentimiento profundo oprimía su corazón; la imaginación le presentaba unidos y felices a Magdalena y Eduardo.

En una vida de pesares y de recuerdos crueles había vivido más de un mes llamando en su auxilio sus ideas religiosas, todo pensamiento filosófico, ya procurando engañarse a sí propio, ya queriendo sobreponerse a su destino; pero el cerebro humano no es de fierro para resistir un cúmulo de males capaces de doblar la razón más fuerte.

El valor moral que fortifica el espíritu para emancipar el ser del dominio de un pesar continuo, había cedido su acción al atolondramiento que acarrea la aglomeración de duros sufrimientos.

No era ya el hombre que se resignaba a esperar, porque ya había perdido la esperanza.

De aquí había nacido en el corazón del desgraciado un odio por cuanto le rodeaba y aun por sí mismo.

Había principiado por maldecir del mundo y acababa por maldecirse a sí propio.

La vida venía a serle una carga demasiado pesada, insoportable, que le arrastraba al convencimiento de poner un término a ella.

Con un fin tal se había encerrado en la pieza donde habitaba.

Esta era pequeña y aislada.

En el centro había una mesa, y al lado una silla de brazos.

Sobre la mesa se veían algunos papeles esparcidos, dos libros y un par de pistolas.

Era de noche, y Rodolfo acababa de volver sin adquirir noticias que le consolasen.

Encendió una bujía, arrojó el sombrero, puso llave a la puerta y se recostó sobre la silla.

El semblante de aquel hombre era aterrante.

Los ojos fuertemente comprimidos y chispeantes cual si una fiebre le poseyese.

Los labios recogidos, la cabeza caída al pecho y una respiración agitada, pintaban a aquel ser humano acometido de una revolución interna, espantosa.

Después de un largo rato de concentración siniestra, lanzó un prolongado suspiro y se tomó la cabeza con ambas manos cual si tratase de sostener un peso enorme.

El hombre pensaba sobre su suerte.

La tristeza del lugar, la soledad, la excitación nerviosa y de la sangre, concurren a avivarle sus recuerdos.

Rodolfo separó las manos de la frente, alzó los ojos, y cual si tratase de dar ensanche al volcán que ardía en su espíritu, prorrumpió en un monólogo, difícilmente comprendido por los que no han conocido una situación parecida.

-¿Cuál sería mi crimen al nacer?... -se dijo-. ¿Qué mal he hecho a los hombres? Mi conciencia de nada me acusa. He hecho el bien posible. ¿Qué falta he cometido contra mi Dios?... No la encuentro. Me creo sano. ¡Sano! Y sin embargo estoy condenado al dolor...

Rodolfo apoyó un brazo sobre la mesa y reclinó sobre él la cabeza.

-Yo era un loco -continuó-, cuando creía que la virtud era la felicidad. ¿En dónde está la virtud? ¿Es la práctica del deber?... ¡La virtud es un mal!... Aquí estoy para dar testimonio de ello; aquí estoy vagando por el mundo, expiando mi honradez, sin un hogar, sin seguridad, expuesto a morir en un patíbulo, sin mi mujer... y todo ello por un ser que ha labrado su felicidad a costa de crímenes y a costa de mi virtud.

Y cual si tales deducciones fueran exactas, Rodolfo se engolfó en ellas un momento y luego exclamó:

-¡El crimen es la felicidad! La virtud es el mal... Si todos fueran criminales, todos serían felices... ¡Cuánta razón tuvo Bruto para decir: la virtud no es más que una palabra!

La razón cedía a las impresiones.

No había calma para contemplar el mal en su desarrollo; sin embargo la conciencia se revelaba por intervalos, y en la lucha que sostenía con las pasiones, el hombre caía en una melancolía que por grados se perdía.

-¡Dios mío! -volvió a continuar Rodolfo alzando la cabeza con los ojos brillantes de lágrimas. ¡Dios mío! ¡Yo sufro siendo inocente y Eduardo goza siendo un malvado! Yo no he manchado tu religión regando la tierra con sangre de hermanos; yo no he sido adúltero y sin embargo recibo el castigo que no se aplicaría al que tales crímenes hubiese cometido... ¿Qué es esto? ¿Es este el orden de la creación?

Los ojos de Rodolfo variaban a medida que la imaginación se encendía.

Al pronunciar la última frase, se quedó pensativo un corto rato, y luego dando un golpe en la mesa se paró fuera de sí, cual si resolviese sus dudas.

-Yo lo sufro; tal debe ser. ¡Dios es injusto!

Esta blasfemia, fruto del delirio, acabó de precipitar a Rodolfo en imprecaciones espantosas.

Su cuerpo se movía cual si estuviera azogado.

Principió a pasearse en la habitación, echando miradas de reojo a las pistolas.

-Morir cuando la vida es un infierno permanente -continuó hablando a medida que se paseaba-, es un beneficio. ¿Quién podrá decirme que cometo un crimen al matarme? ¿La sociedad? La sociedad es la fuente de la corrupción y el conjunto de los seres más despreciables; la sociedad no, porque su voz sería el grito de las preocupaciones que jamás ampara al débil: la sociedad, esa reunión de egoístas, de prostituciones, de orgía, no puede acusar de crimen el paso que se da para salir de ella. ¿Será quién? ¿Dios? Dios tampoco, porque Dios no nos ha creado para maldecir de la vida. Dios nos ha dado por patrimonio el bien, y no encontrarle en la tierra es no encontrar la Providencia... Yo quiero ir a la eternidad, porque acá solo he encontrado las torturas del infierno. Dios no puede acusarme... Es verdad que la vida es un destello de la eternidad, un suspiro del infinito; pero no el suspiro del dolor; porque si tal fuese ¡ay del hombre que naciese condenado antes de haber empañado el alma, pues cargaría con la injusticia que no cabe en la justicia del Eterno! Buscar la muerte cuando un abismo nos arrastra, cuando nada queda que hacer de bueno, es buscar la vida.

Rodolfo se detuvo al frente de la mesa y contempló con mirada siniestra las armas que allí tenía; y como todo ser enajenado por una idea fija, balbuceó:

-¡También Magdalena era un engaño!

Y en seguida, echándose el cabello hacia atrás, con la mirada extraviada se puso a andar con impaciencia.

El delirio crecía y la razón volaba a un extravío frenético.

Su marcha era interrumpida a veces, se paraba, se arrojaba sobre el sillón y de allí volvía a recorrer la pieza con pasos acelerados, pronunciando frases o palabras aisladas.

-Soy despreciable... maldita sea... huyamos del crimen... debo morir... ¡Resolución! ¡Resolución! Y en un momento descanso... ¡qué felicidad!

Rodolfo tomó, con el semblante risueño, una de las pistolas, puso pólvora en la chimenea y la contempló.

Parecía faltarle el valor.

Luego como saliendo de su estupor se dijo:

-¿Seré un cobarde?... ánimo... ¡Dios único! Perdón...

Diciendo estas últimas palabras se resolvió a poner término a la vida.

Preparó la pistola, y cuando la llevaba a las sienes, golpes fuertes y precipitados se hicieron sentir a la puerta.

Rodolfo bajó la pistola y se quedó estático, cual si saliese de un letargo; pero los golpes seguían hasta que se dejó oír una voz que decía:

-¡Abrid! ¡Abrid! Que os traigo una gran noticia.

Si hubiese estado sereno, Rodolfo habría corrido a abrir: pero el hombre se hallaba como idiotizado, embargado en sus facultades y no presumía que alguien podría necesitarle.

-¡Abrid! -volvió a repetir la voz-, vengo de parte del señor Prepósito.

La palabra Prepósito le recordó algo, y sin mostrar interés, cual un autómeta, se dirigió a la puerta y la abrió.

El emisario del abate González, que era el que le buscaba, dio un paso atrás al ver el espantoso aspecto de la fisonomía de Rodolfo; pero no se detuvo por ello para decirle:

-Todo está descubierto, venid pronto conmigo.

-Descubierto ¿qué? -le interrogó Rodolfo con aspereza.

El emisario se aturdió y preguntó a su vez:

-¿Qué tenéis, señor?

-Nada, decid lo que queréis.

-Eduardo y Magdalena están descubiertos.

-¡Eduardo y Magdalena! ¿Los dos? -exclamó Rodolfo-. ¡Gracias Dios mío! ¿Dónde están?

-Venid y os llevaré.

Rodolfo abrazó al emisario con una alegría entrañable, y se dispuso a salir.

Mientras tanto el emisario le comunicó:

-El cura de Renca acaba de enviar un propio avisando lo que deseábamos. Ellos se van a casar mañana a las nueve del día en la capilla de ese curato; pero antes de ir a la iglesia, los novios se detendrán en una casa ya convenida y preparada.

-¡Justicia del cielo! -exclamó Rodolfo ocultando sus armas en los bolsillos de su ropa-. Dios es justo, mi amigo.

Y luego entre sí se dijo:

-¡Había blasfemado!

- XXXI -

El emisario condujo a Rodolfo, a presencia del abate Molinares.

Este, que había desplegado una actividad extraordinaria impartiendo instrucciones al cura de Renca, tan luego como recibió el aviso, disfrazó el fuego que le animaba y tomó su acostumbrada máscara de mansedumbre, al sentir llegar a Rodolfo.

-Os doy la enhorabuena -le dijo al presentársele este. Vuestra esposa ha aparecido.

-Sí señor, lo acabo de saber. ¿En dónde están? -le interrogó Rodolfo.

-Id con calma. Mis deseos son que recobréis a vuestra esposa y que seáis generoso como un buen cristiano. Mañana la encontraréis en Renca.

-Dejadme besar vuestras manos -le dijo Rodolfo a tiempo que se inclinaba para ello-; por tan grande servicio mi vida os pertenece.

-Perded cuidado, señor, yo no haré cosas que estén fuera de mi deber.

El abate comprendió el sentido de la promesa, pero como su interés estaba en que Rodolfo fuese el brazo de la venganza del Preósito González, se dio por satisfecho, para después aparecer engañado.

Rodolfo, impaciente, interrumpió la conversación preguntando:

-¿A qué horas podré encontrarla?

-Mañana a las ocho de la mañana.

-¿Y a dónde es Renca?

-El mismo que os ha traído acá os conducirá.

Rodolfo se volvió al emisario que vestía el uniforme de labrador, y la interrogó:

-¿No os parece bien partir en el acto?

-Estoy a vuestra orden -le contestó.

-Partamos.

Rodolfo estrechó las manos del abate y se retiró lleno de gratitud.

Al salir el emisario, Molinares le dijo despacio:

-Que no se os escape.

-Perded cuidado -le respondió este-, los secretos de la Compañía desaparecerán con el que los posee.

El abate quedó meditando cómo cumplir con el padre Anselmo el compromiso pendiente, de avisarle si daba con Magdalena.

- XXXII -

El emisario y Rodolfo llegaron al pueblo de Renca muy tarde de la noche.

El cura les alojó.

En aquel tiempo, los eclesiásticos, en su mayor parte, aun cuando no hubiesen tomado el hábito de jesuita, pertenecían a la orden y estaban dependientes de ella.

Esto explica la sumisión del cura al Preósito.

Al amanecer del siguiente día, el cura llevó a los huéspedes a una casa que se hallaba próxima a la capilla; abrió la puerta y les condujo a una pieza aseada y con algunos muebles.

No se detuvo, y torciendo la llave de otra puerta que daba entrada al salón, les presentó un cuarto pobremente ataviado.

-Aquí tenéis esta casa a vuestra disposición -les dijo-; y aquí podéis esperar hasta la llegada de los novios, que deseáis conocer, según me ha escrito el Sr. abate Molinares.

-Gracias, señor cura -le contestó Rodolfo-, aquí esperaremos.

El cura se retiró cerrando la puerta de la calle y se fue a decir misa.

Rodolfo se entregó a reconocer el terreno, y tomar sus precauciones.

El emisario le seguía.

De la pieza en que estaban pasaron al salón de recibo. Lo recorrieron con interés.

Empujaron una puerta que daba a un jardín y la encontraron cerrada.

La pieza o salón era largo y no tenía más que tres puertas: la de entrada y las dos que ya conocemos.

Acabado el reconocimiento, Rodolfo creyó necesario asegurar la puerta que daba al jardín y al efecto la trancó por fuera.

En seguida Rodolfo se retiró a la pieza inmediata y examinó sus armas: un puñal y dos pistolas, volvió a guardarlas y se sentó a esperar.

- XXXIII -

Inter pasaban estas cosas, una comitiva compuesta de cuatro individuos llegaba a la capilla de Renca.

Eran estos, Eduardo con la napolitana, y el mayordomo de la hacienda con su esposa.

Montaban soberbios caballos, y la alegría se pintaba en los semblantes de ellos.

El cura al verles llegar, les hizo entrar a sus piezas particulares.

Todo estaba preparado para las bendiciones; pues el cura no estaba instruido del misterio que reinaba en aquel asunto, y su obediencia era pasiva.

Luego que allí estuvieron, el cura tomó su sotana y dijo a los novios:

-Como católicos que sois ¿creo que antes os confesaréis?

A Eduardo no le agradó tal proposición, pero a Magdalena sí, puesto que no se podía recibir un sacramento sin practicar antes el otro.

-A la hora que gustéis -le contestó Magdalena.

En menos de media hora despacháronse los dos pecadores, acabando por comulgar.

El cura regresó entonces a sus piezas, y habiéndoles seguido los novios, les dijo:

-¿Queréis que acá os eche las bendiciones, o que vayamos a una casa aparte para evitar la bulla?

-Estamos a vuestra disposición, señor cura -le contestó Eduardo.

El cura salió entonces, fue a la casa donde estaba Rodolfo, llamó al emisario y lo puso a la puerta. Luego volvió a salir y vino con la comitiva.

El emisario comprendió en el acto el inconveniente que presentarían los padrinos que les acompañaban, y pensó cómo deshacerse de ellos. Traían las caballos de la brida, y al llegar a la casa, entregaron las riendas al emisario. Apenas iba penetrando la comitiva, los caballos sufrieron un espanto y se escaparon.

Los caballos, esos hijos mimados del huaso, saltaron una zanja y corrieron con desenfreno.

El mayordomo y la mujer, olvidando cuanto allí les llevaba, salieron también tras de los animales procurando tomarlos donde se parasen.

El cura viendo esta interrupción se fue a su casa, según instrucción u orden que le dio el emisario allí mismo. Así fue que solo los novios quedaron en la casa.

Se dirigieron a esperar en el salón.

Inmediatamente el emisario cerró la puerta de calle y se quedó a la expectativa, parándose en la puerta que daba entrada a la sala de recibo.

A Eduardo nada de esto le causó extrañeza, porque acompañado de la mujer que amaba, se daba por muy feliz en quedarse a solas con ella. Ningún sacrificio había de esperar con tan agradable compañera.

La napolitana se había sentado en un sofá, y Eduardo que la seguía, había colocado a su lado. Estaba cual pocas veces tan hermosa.

El novio parecía deleitarse en contemplarla.

Reinaba en ambos un placer profundo que les embriagaba, bendiciendo la proximidad del término a tantos sacrificios pasados. Este silencio fue interrumpido por Eduardo, que pidió permiso a la novia para besar sus manos.

-Ya podré -le dijo-, imprimir en las mantos de mi esposa un beso.

Magdalena dejó una de sus puras manos, que Eduardo tomó en el acto y devoró con besos multiplicados. La napolitana retiró su bella mano, y con esa mirada luminosa y ardiente que tenía, preguntó a Eduardo:

-¿A qué horas volverá el cura?

-¿Queréis que vaya a buscarle?

-Lo desearía sino fuese una molestia.

-No, alma mía, voy en un momento.

Y en esto que tomaba su sombrero para salir, la puerta que comunicaba a la pieza del costado se abrió con violencia, y apareció en el dintel de ella un hombre cubierto por un largo poncho y un sombrero de campesino calado hasta los ojos. Las barbas grises y una tez tostada por el sol, disfrazaban al individuo. Sus pupilas, apenas visibles, parecían dos centellas chispeantes de electricidad.

Este hombre apareció cual un fantasma, cual un agente del infierno; no se movió, y quedó inmóvil contemplando a sus víctimas.

Magdalena, sorprendida, estupefacta, sin darse cuenta de lo que veía, se puso en pie asustada, tratando de escudarse con Eduardo. Este, atónito también, recobró su ánimo y preguntó al desconocido:

-¿Quién sois? ¿Qué queréis?

El hombre nada respondió. Se dejaba ver que sonreía por entre la espesura del bigote y de la barba, y a más unos dientes comprimidos que denotaban la sonrisa de la fiera, sonrisa irónica y de exterminio al contemplar su presa. Esa sonrisa derramó por la sangre de Eduardo un frío mortal.

Instintivamente echó mano a su pecho y se encontró sin armas. Magdalena llevó sus manos a la cara y se cubrió la vista.

Los novios se encontraban como enclavados por el pánico.

El nombre se adelantó entonces con paso contemplativo, hacia la puerta que daba salida al patio principal; pero Eduardo no pudo contenerse entonces y se precipitó a salir por ella.

El emisario hizo su deber, cerrándola por fuera.

Eduardo retrocedió aturdido.

Veía allí un complot para perderle.

Magdalena, cobrando ánimos y restablecida de la sorpresa, se encaró al desconocido y le apostrofó con energía:

-¿Qué necesitáis de nosotros? ¿Qué significa esto?

El hombre sin separar sus ojos de Magdalena, arrojó el sombrero por toda respuesta y se descubrió.

Eduardo cual un cuerpo azogado murmuró el nombre de Rodolfo.

La napolitana cual si por grados fuese saliendo de un sueño, contemplaba aquel rostro, ávida de espanto y de sorpresa, hasta que perdiendo el color cayó en un desmayo, exclamando:

-¡Es la sombra de Rodolfo!

Cuando la mujer perdía el conocimiento, Rodolfo desentendiéndose de ella se quitó el poncho y se dirigió hacia Eduardo para dar expansión a su alma que bullía de furor.

-Hombre o demonio -le increpó-, que te has cebado en mi desgracia, al fin he podido encontrarte. Tú me has martirizado sin compasión, me has convertido de humano que era, en tigre. ¡Y sin embargo vivo! Porque el destino te condenaba a pagar tantos crímenes.

Diciendo estas palabras, Rodolfo lanzó una mirada hacia el cuerpo de Magdalena que parecía inerte, y señalándole con la mano, continuó:

-Allí tienes la persona que has deshonrado, la que te ha hecho cometer tantas faltas. Infame, morirás con ella.

Eduardo comprendió que allí era necesario ganar tiempo, mientras acudía el cura y el mayordomo.

Vio que era preciso desarmar la cólera del hombre, vindicando a la mujer.

Cobró ánimos y se atrevió a dirigir a Rodolfo la palabra:

-Tienes justicia en matarme -le dijo-; pero antes debes saber que yo solo soy criminal, que tu esposa está pura e inocente de cuanto ha pasado. Yo la he engañado haciendo que te creyese muerto, yo el que la he precipitado a consentir en el matrimonio; porque era el único medio que encontraba para alcanzar a poseerla. Ella es pura, mátame a mí que soy el único culpable.

Una explicación tan franca y apasionada, una abnegación tal, detuvo por un momento la resolución de Rodolfo.

Su mujer estaba pura, y esta idea era un bálsamo que se derramaba sobre el corazón de aquel hombre.

Creyó encontrar en Eduardo un hombre distinto del que se figuraba, cobarde y degradado.

Meditó un momento, contempló a Magdalena, y luego, cambiando de tono se dirigió al adversario interrogándole:

-Pues si sabíais que yo vivía ¿cómo es que la ibais a desposar? ¿No veis que insultabais a Dios y mi honra?

-Lo sabía -le repuso Eduardo con entereza-, pero la pasión me ha cegado y hecho atropellar por cuanto se me presentaba. A vos he tratado de haceros morir, porque erais un

obstáculo para mi ambición. Nada me habíais hecho y sin embargo os odiaba, porque erais el esposo de Magdalena.

Y luego tomando un aire sentencioso y despechado, continuó:

-El hombre que ama es un loco. Una pasión funesta conduce al crimen. Después que el corazón ha llegado a convertir el ser en un esclavo del sentimiento, es imposible emanciparse sin perder la vida.

-¡Ah! -exclamó Rodolfo tomando la última frase en un sentido provocativo-, ¿deseáis morir antes de separaros de Magdalena?

Rodolfo había observado el respetuoso afecto con que Eduardo la había tratado en el sofá, antes de mostrarse, y esto obraba en pro de la esposa.

Así era que el hombre se ocupaba tan solo del adversario.

El adversario mientras tanto había olvidado el auxilio que esperaba, y al considerar que Magdalena ya no podía ser suya, el despecho le asaltó y le condujo a una situación que más inspiraba lástima que odio, y con la resolución más íntima respondió a Rodolfo:

-Sí, deseo morir antes, porque no podré sobrellevar la vida sin ella. ¡La amo tanto!...

Y en seguida su voz fue cortada por un fuerte sollozo.

Rodolfo no vio en ese grito del alma el delirio del amor.

El odio le cegaba también, vio en ello una cobardía, pensó fuera un ardid para escapar.

Y abusando de la situación por no comprenderla, dijo a Eduardo:

-¿Lloráis de temor?

-¿Temor de qué? ¿Qué puedo temer cuando ya no quiero vivir? Dadme una arma y veréis cuál es mi resolución.

-¡Una arma! ¿De qué os puede servir cuando en otra época la rehusasteis?

-Pues matadme, entonces.

Eduardo presentaba su pecho a Rodolfo para que hiriese, pero Rodolfo perdía sus bríos sanguinarios ante la abnegación de un loco y el amor que le renacía por su mujer.

Mientras tanto, el tiempo corría y Magdalena tornaba en sí, murmurando el nombre de Rodolfo.

La voz del ángel penetraba en el corazón del hombre y le dulcificaba.

La situación variaba.

Rodolfo no podía ser asesino: su atención se dirigía a Magdalena.

En tal estado, se dejaron oír golpes a la puerta de la calle y la voz del cura y del padre Anselmo que mandaba abrir.

Eduardo comprendió su ridícula posición, no se atrevía a arrostrar las miradas de la napolitana ni a ser el ludibrio de las gentes.

Vio desaparecer el mundo ante sí y con voz suplicante gritaba:

-¡Una arma! ¡La muerte!

El emisario que guardaba la puerta de entrada al salón, comprendiendo que todo se iba a perder si no intervenía, abrió la puerta y arrojó a Eduardo un puñal.

Eduardo lo tomó con avidez.

Rodolfo nada había visto, ocupado como estaba en levantar a Magdalena y ponerla en el sofá.

El emisario corrió a abrir la puerta de calle.

El padre Anselmo se precipitó dentro de la casa todo despavorido.

Vio a Rodolfo que asistía a Magdalena y a Eduardo que vuelto a la pared vivía.

-¡Gracias, Dios mío! -exclamó al entrar-. He llegado a tiempo.

-Soy cristiano -le dijo Rodolfo-, perdono porque he encontrado a mi esposa digna de mí.

Magdalena vuelta en sí echó los brazos al religioso.

Esta escena era contemplada por Eduardo con un semblante de patibulario, sin que los que la formaban se acordasen de él.

En esto se dejó sentir un grito y la caída de un cuerpo.

Eduardo acababa de atravesarse el corazón con el puñal... Un cuarto de hora después, el salón se hallaba desierto.

Solo se veía a un religioso que rezaba por la salvación del que se había suicidado.

FIN DE LOS DOS HERMANOS

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

